PRISMA
REVISTA ILUSTRADA DE ARTES Y LETRAS
ARIEL-LIMA

U. N. M. S. M.
BIBLIOTECA CENTRAL
HEMEROTECA
FONDO ANTIGUO

AÑO III | Lima, á 16 de enero de 1907 | NUM. 30

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

LA SATIRA Y EL PAISANO

(Cuadro de Jordaens de la colección de M. Cels.—Bruselas)

CARACTER DE LA LITERATURA DEL PERU INDEPENDIENTE

42294

(*Continuación*)

Como contraste, nosotros los peruanos hemos querido ser ultraprácticos, superutilitarios, sólo en esta materia por desdicha, y hemos llevado la reacción anticlásica hasta donde nadie ha pensado llevarla en ningún otra parte: hemos proscrito el latín de la enseñanza secundaria y también de la superior; en la Universidad lo hemos relegado desdeñosamente á la Facultad de Teología, al Seminario. Del griego no hay para qué hablar: es en el Perú materia tan desconocida como los dialectos de Siam y de Cambodge. Sería inexacto decir que las letras clásicas están entre nosotros en la última decadencia, en postración extrema: ya no existe, han desaparecido, se han extinguido, ni rastro queda de ellas. Y yo no atino á ver por qué las hemos querido tan mal y tratado con tanto descuido: ningún daño nos han hecho. Al contrario, les debemos muchos bienes y les hemos correspondido con negra ingratitud: ellas formaron á Olmedo y á Felipe Pardo.

Comprendo perfectamente, señores catedráticos, cuáles fueron los poderosos motivos que decidieron la supresión de la enseñanza del latín, y no puedo menos de aplaudir esa medida. Con maestros que no sabían enseñar y alumnos que no querían aprender, con textos deficientes y procedimientos inadecuados, el latín de nuestras escuelas era una mentira convencional, una vano simulacro, que recargaba inútilmente la memoria de los jóvenes, que no producía ningún resultado, que no tenía objeto ni razón de ser. ¿A qué se reducía generalmente el estudio del latín? A las declinaciones y conjugaciones, y á la traducción laboriosa y mal hecha de unas pocas páginas de las *Vitae excellentium imperatorum* de Cornelio Nepote, de las *Fábulas* de Fedro ó de la *Historia sacra* de Lhomond. Iniciar al educando en la literatura latina, hacer que desentrañara algunas de sus bellezas, que sintiera algo de su espíritu, que imitara la composición y las cualidades de estilo de los modelos, ¿á quién se le había de ocurrir en este país de pereza y de rutina? Al cabo de un año, olvidaban todos la mengua la ciencia que habían sacado de los diminutos epítomes de gramática; y como los maestros no comunicaban á su enseñanza valor alguno educativo, ni procuraban que formara disposiciones y aptitudes, nos encontrábamos con que al aprender latín habíamos perdido miserablemente el tiempo.

Es preferible no enseñar un curso á enseñarlo de manera tan perversa y desastrada, y por eso apruebo su supresión; pero porque entiendo que ha de ser provisional, mientras se preparan maestros idóneos y competentes. Ya es hora de que pensemos en ello, de que hagamos resurgir entre nosotros la latinidad, aunque reduciéndola á un círculo limitado, dándole el carácter, nó de curso de enseñanza secundaria, sino de preparación exigible para una especial enseñanza facultativa, para la Facultad de Letras. Pedir que estudiáramos griego, sería pedir aquí lo imposible. El helenismo es una planta rara y preciosa que no puede crecer ni prosperar en nuestro estéril terreno literario. Contentémonos con el latín, más fácil, más accesible á nuestra situación modestísima, y cuya literatura, si bien no es tan abundante y magnífica como la griega, contiene en suficiente grado las cualidades educativas que demandamos á la cultura clásica. Y aun el latín no debe ser materia obligatoria de la instrucción media. Para las necesidades ordinarias de la vida, no se requiere saber latín. Su estudio es un desperdicio de energías y tiempo para los que no anhelan una delicada y aristocrática educación estética, para los que se dedican á la carrera industrial y á la mercantil. Estos lo aprenden sin ganas, y se les borra inmediatamente de la memoria. No los agobiemos, pues, con una disciplina tediosa y que para nada ha de servirles. El *valor formal* que tiene el estudio del latín, se suple perfectamente con el de algún idioma vivo (que representa además un inmenso *valor material*, de utilidad inmediata); y el estudio del idioma castellano y su literatura clásica llenarán los demás vacíos que el latín deje.

Pero no es posible que suceda lo propio con los que ingresan en la Facultad de Letras. Por el solo hecho de ingresar, solicitan una verdadera instrucción literaria. Y ¿se concibe acaso instrucción literaria en el que jamás ha saludado los dechados del buen gusto clásico, ó no los lee sino en descoloridas traducciones? ¡Singular pueblo el nuestro! ¡tierra de doctores, en la cual todos pretenden títulos académicos, en la cual sobreabundan los aficionados á las letras, y que en punto á cultura greco-latina, que es la cultura por excelencia, se encuentra en la barbarie más completa, en la más cerrada noche! *Ya que las castañuelas se tocan, deben tocarse bien*, decía un chistoso fraile español; ya que veneramos supersticiosamente los grados universitarios, seamos *doctores* de verdad no sólo de nombre.

En todas partes es conveniente y provechoso el estudio de los clásicos antiguos, por lo cual en todas partes se le fomenta y cultiva; pero en el Perú es insubstituible, es de vital importancia. Frívola, impresionable y novelera, nuestra gente necesita impregnarse en una literatura tradicional, en que predominen la razón, el orden el buen gusto y la madurez. De otro modo, siempre andarán nuestros *intelectuales* embobándose ante el último autorcillo en boga y adorando de rodillas el postrer librejo que nos manden las prensas de París. ¿Sería empeño tan irrealizable que, después de formar algunos buenos maestros de latinidad, hiciéramos del latín un curso libre en instrucción media, pero obligatorio para los que quisieran entrar á esta Facultad de Letras? Mientras los alumnos no vengan á Letras sabiendo, á lo menos medianamente, latín, la enseñanza de la literatura antigua no puede tener trascendencia ni significación de ninguna clase, por mucho que se afane y se desvele, por mucho entusiasmo que despliegue y por mucha competencia que posea el profesor de esa cátedra. Aun cuando trajéramos aquí á Camús ó á Gastón Boissier, los jóvenes que no entienden palabra de latín, que no pueden leer una sola página de los clásicos, no harán sino escuchar al catedrático, y al fin y al cabo no sacarán en limpio sino que el estilo de Cicerón es *amplio y sonoro* y el de Virgilio *delicado y suave*. Y los más animosos, que no se contentan con reducir su instrucción clásica á aprenderse catálogos de nombres y de epítetos, si abren la traducción de Horacio por don Javier de Burgos, ó la de Homero por Hermosilla, se encuentran como con ánforas vacías, sin licor y sin perfume; se quedan estupefactos ante aquellos *disjecta membra poetae;* y no comprenden nada de las admiraciones de su maestro, ni de los primores que se les dice están escondidos bajo la dura corteza de semejantes versiones. Y eso no es lo que se quiere que suceda: para eso, mejor sería no estudiar la literatura antigua: lo que se quiere es la comunicación frecuente, el trato directo con los clásicos latinos.

Se me objetará que, si se exige el conocimiento del latín para ingresar en Letras, tal exigencia disminuirá el número de alumnos de la Facultad y comprometerá los intereses de ésta. Pero yo creo, señores catedráticos (y sin duda muchos de entre vosotros creen lo mismo), que nuestra Facultad de Letras, sin perjuicio de que algunos de sus cursos sirvan como preparación obligatoria para los estudios jurídicos, como vestíbulo de la Facultad de Jurisprudencia, tiene en la obra de la cultura nacional un papel ó ministerio muy importante, que las circunstancias de nuestro país le señalan, y que algún día le permitirá contar con elementos propios, y salir de esta vida en gran parte prestada y ficticia que hoy lleva. Dicho papel ó ministerio es doble. La Facultad de Letras debe: 1.°, ser como una escuela normal de maestros de instrucción secundaria; formar profesores de instrucción media y expedir sus diplomas, sin los cuales nadie podrá enseñar aquel grado; y 2.°, educar á un corto pero selecto número de personas que, merced á sus condiciones intelectuales ó sociales, quieran y puedan cultivar la ciencia con desinterés, especulativamente, por la ciencia misma.

Constituidas así las cosas (y así tenprán que constituirse al

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

cabo); así encaminada la Facultad, y contando con este público, tal vez no muy numeroso, pero sí muy seguro y escogido, no habrá ningún obstáculo que se oponga á que exija de los que van á ser sus alumnos el conocimiento del latín. Claro que sólo se exigiría esto á los que pretenden seguir todos los cursos de la Facultad y graduarse en ella; nó á los que sólo estudien los cursos de preparación obligatoria para Jutisprudencia. Y no haya miedo de que por el latín se desanimen los primeros. Los que se propongan abrazar la carrera del profesorado de instrucción media, ó los que deseen conseguir una cátedra en esta misma Facultad, ó los que simplemente vengan á adquirir una esmerana educación literaria, llegarán á estudiar el latín con amor y convicción; sobre todo estos últimos, cuya existencia es indispensable en cualquier país que se precie de culto, porque son el núcleo del desenvolvimiento literario.

Naturalmente, aquellos que no tengan para entrar en Letras otro aliciente que la noble afición á las enseñanzas que aquí se dan, aquellos cuya vocación los lleve al estudio de la literatura y de las ciencias morales sólo en busca de las puras satisfacciones que el saber trae consigo, serán siempre pocos, y conviene que sean pocos en bien de nuestra sociedad. La cabeza en un organismo normal y sano debe estar en proporción con el resto del cuerpo: no procuremos atraernos la terrible enfermedad social de la macrocefalia. Un joven é inteligente catedrático de esta Universidad lo ha dicho, al tratar con entera franqueza é irrefutable argumentación de las profesiones liberales en el Perú: la calamidad peor que podría sobrevenirnos, sería que continuáramos en el camino que llevamos, que nos convirtiéramos en un pueblo de mandarines. En vez de abrir la Universidad á todos, generosa é indistintamente, hay que ir con tiento y no dejar que ingresen sino los que demuestren verdadera capacida para los estudios. El remedio será duro, pero es necesario; y la Facultad de Letras es una de las secciones universitarias donde ha de tener aplicación más cumplida. En el Perú no hay base para una gran difusión de la alta cultura literaria y filosófica. Nuestro ideal debe ser: no muchos literatos y hombres cultos, sino algunos, pero estos muy bien preparados, muy instruídos, una selectísima aristocracia de la inteligencia; intensidad, no extensión. Para los que positivamente sobresalgan, protección y estímulos; pero rigurosas y escrupulosas pruebas, á fin de que los que prometen ser medianías ó nulidades se desalienten y vayan á dedicarse á otras profesiones, en las cuales servirán mejor sin duda los intereses colectivos y los suyos propios. Hartos ejemplos hemos visto de intelectuales abortados en nuestro medio exiguo, para que nos obstinemos en aumentar esa dolorosa falange de descontentos y fracasados, que constituye una seria amenaza para la tranquilidad pública y un infalible síntoma de malestar social. Y sin rubor lo confieso, señores: miraudo la cuestión literaria como subordinada al progreso de la nación, casi estoy por consolarme de la inferioridad y pobreza de la literatura peruana desde los tiempos de la Colonia hasta 1990.

La dirección eminentemente práctica, industrial y utilitaria que hay que imprimir, no á la totalidad, pero sí á la inmensa mayoría de los jóvenes hispano-americanos, no es ya un ideal que cabe discutir y examinar; es un hecho, una fatalidad histórica impuesta por el estado de América, ante la cual tenemos por fuerza que inclinarnos, si es que aspiramos á salvar la existencia. Bien sé que no todos están convencidos de la realidad de la siguiente cruel disyuntiva: ó concentrar todas nuestras energías y hacer un esfuerzo excepcional, portentoso. para elevar nuestra potencia económica, no con el fin de que la América Latina iguale á los Estados Unidos (que eso es ya imposible, y mentecatez sería pretenderlo), sino con el fin de que los Estados Unidos no nos absorban por completo; ó resignarse á perecer. Algunos, optimistas simpáticos pero también incorregibles soñadores, creen (y ¡ojalá estuvieran en lo cierto!) que las repúblicas hispano-americanas no necesitan entregarse casi exclusivamente á la actividad industrial y mercantil; que deben reservar una buena parte de su espíritu para la idealidad, para el Arte, para la contemplación metafísica y el desinteresado placer estético. El representante más ilustre de esta escuela es un sagaz crítico uruguayo, estilista exquisito, finísimo orfebre de la prosa, José Enrique Rodó. Los consejos y las exhortaciones que contiene su encantador folleto *Ariel*, son excelentes para predicados en Europa ó en la América Sajona; pero ¡qué peregrina ocurrencia la de dirigirlos á los latino-americanos! Francamente, si la sinceridad de Rodó no se transparentara en cada una de sus páginas, era de sospechar que *Ariel* oculatar una intención secreta, una sangrienta burla, un sarcasmo acerbo y mortal. ¡Proponer la Grecia antigua como modelo para una raza contaminada por el híbrido mestizaje con indios y negros; hablarle de recreo y fuego libre de la fantasía á una raza que si sucumbe será por su efpantosa frivolidad; celebrar el ocio clásico ante una raza que se muere de pereza! ¡Linda ocasión para atender á «la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia», á todo lo que es adorno, distracción, halago, cuando todavía no sabemos si escapará nuestra gente con autonomía y libertad de la estruendosa catarata que ya se precipita por el norte!

Nosotros no podemos evitar que la desbordante y avasalladora influencia de los Estados Unidos penetre á banderas desplegadas en la América Española. Quien se pusiera á cerrarle el paso, sería arrastrado por la espumosa y rápida corriente. Pero si trabajamos con voluntad y constancia en regenerarnos, podemos conseguir que la invasión norte-americana deje á salvo é íntegra nuestra autonomía, y que, en vez de postergarnos en nuestra propia casa y hacernos descender de la calidad de amos á la de criados y aun parias, se trueque en el más poderoso elemento de nuestra prosperidad. En el caso de que la juventud se entregue de preferencia á la industria y al comercio, y se *americanice* por la virtud creadora del trabajo y del querer, los *yankees* no desdeñarán la colaboración de los criollos: antes encontrarán en ellos inestimables auxiliares; y aun quizá lograremos formar un círculo de industriales que, por las ventajas inherentes al conocimiento del país, puede adquirir grande importancia y contrarrestar la inmensa que van á tener entre nosotros los capitales extranjeros. Y he aquí por qué, si bien reconozco la ridiculez y hasta el servilismo que hay en el exceso de admiración por los anglo-sajones, que principia á advertirse en muchos de nuestros compatriotas y á contrapesar la influencia de Francia, y encuentro muy cómico el estrecho criterio de ciertos *hombres prácticos*, creo que la tendencia *americanista*, bajo aquellas ingenuas exajeraciones, naturales en toda reacción ardiente y fecunda, trae sugestiones y ejemplos que importa encauzar y utilizar sin demora, porque son una promesa de resurgimiento y salvación.

Pero si persistimos en el funesto vicio, heredado de los españoles, de despreciar la industria y el comercio; si pretendemos ser todos abogados, políticos, literatos, retóricos, sofistas; si le concedemos al Arte un lugar desmesurado que no debe tener en nuestra civilización incipiente, porque consedérselo es como ocuparse en las decoraciones y los artesonados, antes de echados los cimientos y elevadas las paredes; entonces, frente al monopolio de la actividad económica por los extranjeros, nos iremos restringiendo á la política, hasta que al fin en ese postrer refugio vaya á concluir de rebajarnos y deprimirnos el protectorado más ó menos encubierto.

Dos medio, que han de emplearse simultáneamente, le quedan á la América Latina para conservar la libertad de sus hijos: educarlos de tal modo que sean asimilables y adaptables á las condiciones de vida que acompañarán al establecimiento de la hegemonía de los Estados Unidos en el Nuevo Continente; y atraer á toda prisa la inmigración y el comercio de los distintos países europeos para que iimiten la influencia norte-americana, la cual equilibrada por otras es provechosísima, pero sola se convertiría en vasallaje y sujeción. Es hora de que los peruanos pensemos seriamente en recurrir á la inmigración europea y á la educación *práctica* (si se quiere, la llamaremos sin embozo *utilitaria*), que están produciendo en Méjico y en la Argentina muy aceptables resultados. Y para que siempre la mayoría de los pobladores sea de origen latino, para que la raza latina no pierda el predominio en estas tierras que ella ha descubierto y colonizado, para que la fusión con los inmigrantes sea fácil y no corra peligros de otra suerte el espíritu nacional, sería de desear que vinieran italianos y españoles en mayor número que anglo-sajones y germanos.

(*Continúa.*)

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

LA ADORACION DE LOS REYES MAGOS

(Cuadro de Jordaens en la Iglesia de San Nicolás.—Dixmude-Bélgica.)

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Señora Ana Lucía de la Torre de Acharán

Foto. Moral

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

NOTAS SOCIALES

El 14 del actual se *cerró el punto* como se dicen en el lenguaje judicial, ó sea se clausuraron las labores del Palacio de Justicia para dar comienzo á las vacaciones anuales. En la elección hecha, como es costumbre, de los cargos y comisiones judiciales para el año 1907 fueron elejidos presidentes de las Cortes Suprema y Superior, respectivamente, los señores Vocales, doctor Ricardo Ortiz de Zevallos y doctor Carlos Eráusquin.

PRISMA, sin pretenderlo, ha alcanzado un notable triunfo en la Exposición de Milán, donde el Jurado honró esta revista adjudicándole una medalla por la corrección de sus grabados y material literario. Este triunfo expontáneo nos alienta para seguir esforzándonos en merecer el favor del público y compromete nuestra gratitud para la persona que creyó digna esta revista de ser expuesta á la apreciación del Jurado de la Exposición milanesa.

Ha llegado á Lima la señora Emilia Serrano, Baronesa de Wilson, bastante conocida en el mundo de las letras por las obras que ha publicado, gran parte de ellas relativas á América. Esta es la tercera vez que la señora Baronesa nos favorece con su visita, pues, hace treinta años, más ó menos, vino al Perú para recojer datos para una Historia de América, obra ardua á la que ha consagrado todo su esfuerzo intelectual. En 1892 volvió la señora de Wilson á recorrer los países americanos, y nuevamente lo hace ahora para completar sus estudios é informaciones con los últimos acontecimientos y emprender á la terminación de su obra desarrollada sobre vastísimo plan. Deseamos á la señora Baronesa una permanencia grata entre nosotros y que lleve los datos últimos que necesita para coronar una obra de tanto aliento.

Capitán de Navio Sr. ONTANEDA

Dr. RICARDO ORTIZ DE ZEVALLOS Fot. Garreaud
Presidente de la Excelentísima Corte Suprema

Los capitanes de navío señores Ontaneda y Santillana han sido designados por el Supremo Gobierno como jefes superiores de los cruceros *Almirante Grau* y *Coronel Bolognesi*, que serán entregados próximamente por los astilleros y casas armadoras inglesas, á nuestro comisionado y jefe de la escuadra, Contralmirante Carbajal. Los dos jefes citados—de los que solo publicamos el retrato del primero por haber publicado ya en nuestras páginas el del segundo—han partido en la pasada quincena con rumbo á Inglaterra, así como el personal de oficiales y guardiamarinas, que constituirán la dotación superior de nuestras dos nuevas naves de guerra.

Los maquinistas, contramaestres, cabos de mar y demás gente de la maniobra han sido, como saben nuestros lectores, contratados en Europa. Los jefes y oficiales de nuestros cruceros son expertos y pundonorosos marinos de antecedentes honrosos y conocidos. Confiadas á tan buenas manos, esas dos naves, casi concluidas á la fecha, probablemente saludarán con sus modernos cañones el día de la patria, en la bahía del Callao.

Distinción honrosa es la que ha merecido el poeta peruano José Santos Chocano, al ser designado en unión del insigne literato y novelista Pérez Galdós y del notable periodista Mariano de Cavia, para formar la comisión que ha de estudiar é informar sobre el proyecto de erigir una estatua en Madrid al genial Cervantes. Debemos estar satisfechos y considerarnos muy honrados de que nuestro joven poeta haya merecido en España muestra tan honrosa del aprecio en que se tiene á un brillante

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

representante de la intelectualidad del Perú. Es de esperar que el vate Chocano sabrá corresponder dignamente al honor que se le ha conferido.

En la pasada quincena han contraído matrimonio la espiritual y bella señorita Josefina Villar y el distinguido médico Dr. David Matto. La nueva pareja se dirigió dos días después á Buenos Aires en viaje de placer.

También han formado nuevo hogar la bella señorita María Carolina Samanez y el señor Alfredo Kruger. Este matrimonio muy concurrido. Los amigos de los novios hicieron á estos valiosos y significativos obsequios.

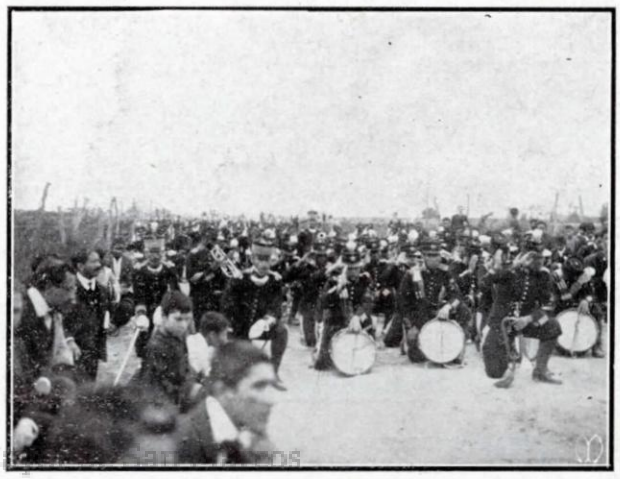
Que la mayor felicidad se cierna sobre los dos hogares que el amor ha constituido.

Enlace Kruger-Samanez Foto. Moral

Enlace Matto-Villar Foto. Moral

SUB-OFICIALES Y ALUMNOS PREMIADOS EN LA ESCUELA MILITAR

La Escuela Militar de Chorrillos que el Coronel barón D'André dirije, realizó el 12 del presente, con la solemnidad acostumbrada, las maniobras anuales y la repartición de premios á los sub-oficiales y clases que se han distinguido en sus estudios durante el año. Gran concurrencia de señoras y señoritas acudió de Lima á la simpática fiesta, cuyos detalles reproduce nuestro grabado. Ofrecemos además un grupo de los alumnos que obtuvieron los premios así como el retrato del distinguido Director de la Escuela.



La romería al Osario — Las sociedades en Miraflores Las tropas rindiendo los honores Fots. Lund

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Sr. CORONEL JULIO JIMENEZ Foto. Moral
Prefecto de Lima

Sr. CORONEL FELIX D'ANDRE Foto. Moral
Instructor-inspector de la Infantería peruana, director de las maniobras de 1906, director accidental de la Escuela Militar

CAPITAN DE NAVIO Sr. TORIBIO RAYGADA Foto. Moral
Prefecto del Callao

La prefectura de Lima, vacante por renuncia del doctor Juan Estevan Rios y desempeñada interinamente por nuestro cumplido intendente el señor Rodríguez del Riego, estará desde ahora ocupada por el coronel Julio Jiménez, jefe de esta zona militar.

Dadas las aptitudes y caballerosidad del nuevo Prefecto, es de esperar que en este puesto hará, como en los demás que ha ocupado, labor provechosa y tranquila.

La prefectura del Callao, vacante también por la renuncia del coronel Parra, ha sido ocupada por un marino antiguo y prestigioso, el capitán de navío don Toribio Raygada,

Felicitamos al vecino puerto por haber sido favorecido con una autoridad política tan justiciera y tan digna.

Con motivo del próximo viaje á Italia del Excmo. señor Tomasso Carletti, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de ese país en el Perú, la simpática colonia italiana le ofreció en el restaurant de la Exposición un suntuoso banquete.

El señor Gio Batta Isola, presidente del comité organizador de la fiesta, dirigió al agasajado la palabra, en términos adecuados, á los que el señor Carletti respondió sumamente conmovido.

También hizo uso de la palabra el capitán del crucero «Dogali» surto hoy en el Callao.

El Congreso haciendo justicia á los méritos contraídos por los coroneles graduados señores Zuleta, Pizarro, Abril y La Combe, y el Capitán de Navío Gárezon, les ha concedido la efectividad.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

"Trompetas de órgano"

Un libro de Salvador Rueda, libro original y hermoso, rico de sentimiento y de color, digno del prestigio del gran poeta, acaba de salir á luz. «Trompetas de órgano», llama su autor á ese puñados de versos palpitantes de una extraña vida, hondamente humanos, hinchados de sabia generosa, cálidos con el hálito tibio de la tierra fecunda.

Agustín Querol ha esculpido con amor la estatua de Rueda, y Rueda nos dice la rara sinfonía que la naturaleza entona en las entrañas de su mármol. Una música misteriosa habitará sin duda esta obra del notable escultor, nueva cabeza parlante que, como en la leyenda sagrada del Nilo, al sentir la caricia del sol elevará á la aurora el milagro de su canción.

Así revive el prodigio lejano....

LA PIEDRA CANTORA

Hizo tu inspiración maravillosa
de esta materia que mi sangre aviva
tallo inmortal de piedra pensativa
como una estalagmita misteriosa.

Ya roca soy que tu cincel endiosa,
de insectos, nidos, agua fugitiva,
y hay en mi estatua que, rehierve viva,
los sones de una orquesta milagrosa.

Otro prodigio en mi materia has hecho:
me has escondido en lo interior del pecho
un ruiseñor de lírica garganta.

Oye su voz tras mi cendal de hiedra
es mi encendido corazón de piedra
que el Himno ardiente de la vida canta!

Ha sido el doble triunfo del mármol y del verso. El alma de Salvador Rueda brotó del seno de la naturaleza estremecida, y el genio de Querol la hizo prisionera un día para animar con ella la frialdad de la piedra indiferente. Así surgió este símbolo maravilloso donde en suprema armonia se funden la euritmia silenciosa de la línea y los ritmos ardientes del poeta.

La sugestión que ejerce, la simpatía que despierta la obra de Rueda, en mi alma, se acrecienta é intensifica por una singular necesidad de reacción. Los que sumidos en la ignorancia seguimos creyendo que Núñez de Arce fué un gran poeta y que José de Echegaray es un dramaturgo inmortal, sentimos una íntima complacencia ante toda obra española de renovación. Hoy en que la moda de todo lo francés priva y domina, y en que es señal inequívoca de cultura el afirmar que más allá de los Pirineos nada vale la pena de tomarse en cuenta, nuestra juventud literaria aplaude y se extasía ante cualquiera reputación de bulevard, y se entusiasma y delira ante las últimas novedades parisienses; tal como los elegantes á quienes emociona la tonalidad de una corbata ó como los niños á quienes enloquece la vana policromía de las pompas de jabón.

He hablado de obra renovadora, y es cierto, la de Salvador Rueda lo es en toda la extensión del vocablo. Entre la artificiosa y hueca corriente degenerada que por todas partes y especialmente en la literatura americana, amenaza ahogar todo principio de verdadera belleza, la voz de Salvador Rueda es un llamamiento hacia la realidad y hacia la vida. Arte el suyo, gallardamente colorista con ese exhuberante y fuerte colorismo propio de su raza y de su medio; arte en que vibra y late la emoción en toda su desnuda sinceridad; arte que tiene para la naturaleza panteistas adoraciones: es el más propio para dar vigor á formas debilitadas, plasticidad á la difluencia imaginativa, calor y aliento á la alma moderna que se afemina. La obra total de Rueda no solo ha impreso su huella sobre la retórica sino también sobre el pensamiento que en esa métrica se encarna.

Su verso naturalmente sonoro, á veces áspero, y rudo en ocasiones, se torna acariciante y muelle, lánguido y delicado. Pocos poetas habrán sentido ante la palidez ultraterrestre de unas manos exangües tan suave y divina inspiración.

Dedos leves y ambarinos, dedos castos y sutiles,
dedos puros cual falanges de traslúcidos marfiles
que teneis de los ascetas la tranquila idealidad

dedos tibios y llorosos como lágrimas de cirios,
dedos santos é ideales como cálices de lirios,
que os bañais en luz remota de una excelsa claridad.

.....

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Sois diez rosas convertidas á la vida de la pena,
diez capullos alargados de purísima azucena,
y diez nácares vestidos con mil prismas de candor;

sois diez plumas desprendidas de unas alas prodigiosas,
diez estuches de claveles, diez adelfas religiosas
y diez ascuas que palpitan con la fiebre del amor,

Y este poeta místico y doliente ante la palidez ultraterrestre de unas manos exangües tiene para cantar á la naturaleza galas expléndidas, oros, esmeraldas y púrpuras; para el amor, sublimes transfiguraciones; para los dolores, piedades y sollozos; para el crímen, desprecios que anonadan y maldiciones que hacen temblar. Polífona y vibrante su alma de lira como la de Juan María Guyau, *resuena al viento de las cosas*. Pero antes que todo y sobre todo, es poeta español. Ama á España y la describe con pinceladas tan cariñosas y tan fieles como las que puso Pereda para trazar el cuadro pintoresco de su terruño; siente la poesía de sus viejas ciudades por las que flota la sombra del pasado, como un aroma lejano; y siente y se apasiona también ante esa otra España — menos legendaria pero más llena de color—que bulle y se a gita en las plazas de toros, que se adorna con claveles y madroños, que tiene *guapos y chulas* y que, cuando enferma de mal de amores, confía sus venganzas á la navaja y dice sus tristezas á la guitarra.

La contemplación de la vida y de las cosas no le arranca quejas amargas y desesperadas; su corazón varonil y fuerte se indigna ante las humanas injusticias, ante las irritantes desigualdades sociales; pero una esperanza de mejoramiento, una consoladora lección de juventud y pureza espiritual se desprende de sus versos—versos luminosos, sobre los que el cuervo de las tristes meditaciones no proyecta nunca la sombra de sus alas de ironía.

Salvador Rueda es un ejemplo de esas vidas plenas y soberbias, heridas á veces por el dolor, compañero fatal de toda existencia; pero desprovistas de tintes sombríos, de desoladores pesimismos, de análisis disolventes. Alma buena y grande se afirma y triunfa sobre la realidad mezquina, sobre la irremediable pequeñez de todo y se alza á una vida más alta: á la suprema vida de la Belleza, á la frescura del Ideal inmarcesible y eterno.

RAIMUNDO MORALES DE LA TORRE.

1907.

A la noticia de la muerte de Carlos Germán Amézaga

¡Murió Carlos Germán! ¡Jesús mil veces!
Leyendo estoy esa noticia infausta;
Pero aunque ella se impone á los sentidos,
El corazón tremente la rechaza!

¡Murió Carlos Germán! ¿No es un mal sueño?
¡Si ayer no más, desde la hermosa Patria
Donde él y yó surgimos á la vida,
Sus afectuosas letras me enviaba!

¡Murió Carlos Germán! Pero ¿es posible?
¿Se hundió por siempre yá en la oscura nada
La existencia fecunda y generosa,
Y, hasta hace poco, espléndida y lozana?

¡Nó! no es eso verdad! Mienten, decidme,
Esas líneas crueles y enlutadas
Que penetrando por mis turbios ojos
Quieren llenarme de aflicción el alma!

¡Morir cuando constantes le ofrecían
Los brazos de la esposa tierna y casta
Un refugio sereno y apacible
Del Mundo entre las hórridas borrascas!

En el instante mismo en que la vida
Sus más hermosas dichas le brindaba.
Y en las puras miradas de sus hijas
Leía un universo de esperanzas!....

¡Enigma impenetrable! Del cerebro
La luz indeficiente está apagada,
Y dentro el pecho yá reposa inerte
La más vital y generosa entraña.

Y en breve, del artista, del poeta,
No habrá tras esa losa funeraria
Sino un montón de huesos, semejante
De otros despojos á la informe masa!....

No importa: yo me encumbro á otras Esferas,
Y hallo el fin de mis penas y mis ansias:
Lo que se hizo del polvo, vuelve al polvo;
A Dios, lo que El formó á su semejanza!

El único varón de sus ternuras, (1)
La noble Juana Rosa (2) le llamaban;
Y sacudiendo las impuras formas.
Su espíritu inmortal tendió sus alas!

Allá mora; en el Cielo y á la diestra
De Aquel que con sus más hermosas dádivas
Su sér quiso adornar: yá le conoce;
Y yá vive en su Amor, y en él se embriaga.,..

¡Adiós, Carlos Germán! Hasta muy pronto.
En vez de las terrestres pobres cántigas.
Ante el Trono de Dios Unico y Trino,
Entonaremos juntos el Hosanna!

LASTENIA LARRIVA DE LLONA.

Guayaquil, Diciembre 27 de 1906.

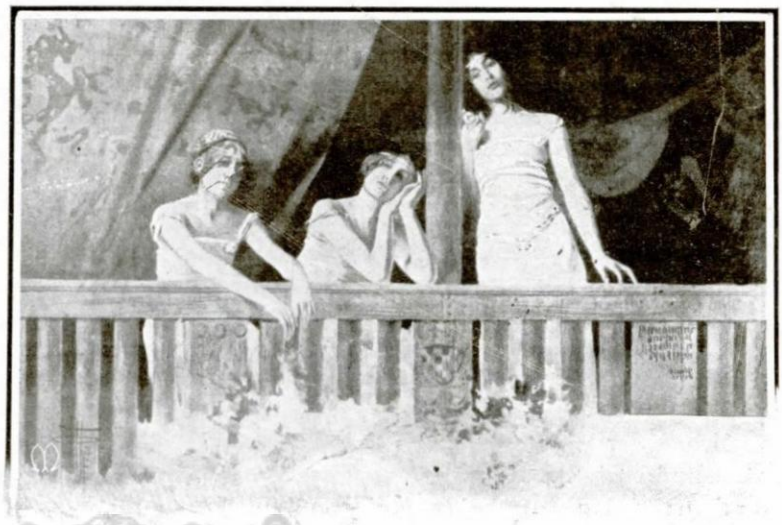
(1) Verso de Amézaga, refiriéndose á un hijito que se le murió.

(2) La señorita Juana Rosa de Amézaga, distinguida escritora, tía del poeta, muerta no hace mucho.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

EL CUENTO DE LAS TRES DUQUESAS

Apenas amaneció, asomáronse las tres hijas del gobernador al ámplio balcón desde el cual se dominaba toda la campiña; y allí permanecían todavía cuando el sol, envuelto en rosadas nubes, traspuso el horizonte.



En la vasta cámara, cuyas paredes cubrían ricos tapices de seda, un grupo de doncellas pulsaba dulcemente las cuerdas de las tiorbas y de los laúdes, y en toda la torre octágona oíase un vago y delicioso murmullo que las tres hermanas no percibían; pues tenían puestos sus miradas y sus pensamientos mucho más allá de las almenadas murallas de la ciudad, de las escarpas esmaltadas de gotas de agua, de los campos de centeno y de los pantanosos campos de las vecinas aldeas, fijas lejos, muy lejos, en los azules montes por donde habían desaparecido los últimos bohemios con sus carros de ruedas macizas, sus pequeños y escuálidos caballos de trenzadas crines y sus chiquillos gesteros y rapaces.

Un mes hacía que por grupos de veinticinco á cien desfilaban al pie de la ciudad, bien protegida por su triple recinto amurallado, por entre cuyas almenas asomaban las cabezas de aquellos curiosos habitantes que allí acudían para verlos pasar; y durante aquel tiempo las tres jóvenes duquesas, perfectamente resguardadas en la elevada ciudadela que su padre gobernaba, habían visto desfilar, á pié unos, á caballo otros y todos erguido el cuerpo y alta la cabeza, más de un señor egipcio de negro y crespado cabello, de rasgados y brillantes ojos y de bronceada y verdosa tez. Un mes hacía que, divertidas por las muecas y los juegos de manos de aquellos mendigos, habían abandonado el amplio balcón de su locutorio, que se abría sobre la plaza del Mercado y enfrente de la catedral, y sentado sus reales en la doble ojiva de su oratorio, en donde permanecían mañana y tarde, hasta que anochecía, esperando ver asomar por el camino, al otro lado de los fosos de agua encharcada, las miradas metálicas y los dientes blancos de los jóvenes bohemios.

Y en toda la población, las mujeres, así las de los artesanos como las de los patrones, experimentaban hacia esos paganos de Egipto la misma curiosidad de las duquesas. Lo propio sucedía todas las primaveras cuando esos malditos cabalgadores del sábado de las brujas, procedentes se ignora de dónde, de las marcas de la Bulgaria, ó de las provincias de Bohemia, ¿quién sabe?, quizás de más lejos, como su antepasado el emperador Atila, invadían el país como nubes de langosta. Sus caras prolongadas, de heréticos, y sus anchos y oblícuos ojos traían revueltas á las hembras, que abandonaban el huso y la rueca, el coladero, la iglesia ó la bodega para acudir á las murallas, en donde se tocaban con el codo y se reían al contemplar á los desnudos chiquillos de esos bandidos, cuando no se arriesgaban, abandonando sus pudorosas reservas, á visitar el campamento lleno de tiendas y carros de aquellos trashumantes extranjeros.

Esos bohemios, gente descreída, saqueaban casas de campo y alquerías, apacentab sus caballos en los sembrados, robaban los cerdos en los establos y retorcían el pescuezo á los gallos en los gallineros; hacían mal de ojo á las embarazadas, que á los nueve meses parían unos chiquillos morenos como aceitunas y velludos como machos cabríos; vendían á los mancebos filtros para enamorar á las muchachas, y con sus socaliñas sacaban á las casadas el dinero de sus maridos, y á cambio de buenos escudos contantes y sonantes daban toscas alhajas de plata labrada á martillazos, anillos para impedir matrimonios ó para asegurar la fidelidad, amuletos contra la fiebre de la que inevitablemente morían los enfermos, horóscopos equívocos evocados por bocas de desdentadas viejas del fondo de una caldera llena de un cierto líquido negro y hediondo, paquetes de hierbas secas y otras mil cosas por el estilo que fundían como en un crisol el oro de los ciudadanos, lo mismo el acuñado que el de las joyas que desaparecía derepente de arcas y escondrijos pa-

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

ra ser en un mes absorbido por las asquerosas alforjas de aquellos miserables bandidos.

Y así venía aconteciendo desde hacía muchos años. Apenas asomaban las primeras florecillas, aparecían en el campo aquellas gentes á caballo y á pié, famélicos y altaneros, con su gran saco en el arzón de sus sillas; las mujeres llevaban á la espalda el caldero, el tenedor de hierro y el plato de estaño, que constituían toda su fortuna; los ancianos y los niños desnudos, como impuros dioses, amontonábanse en los carros, y toda esa turba cantaba y bailaba alegremente soportando los rigores del sol, del viento y de la lluvia, rasgueando la guzla y saltando y haciendo piruetas.

Sus estridentes risotadas y sus locos pataleos maleficiaban las encrucijadas en cuanto brillaba en el cielo la primera estrella; ya muy entrada la noche encendían grandes hogueras, y desde que asomban por el país aquellos vagabundos la seguridad de los caminos dejaba mucho que desear.

Aquella primavera el duque gobernador, cediendo á las súplicas de regidores y mercaderes, había prohibido á los habitantes de la ciudad que salieran fuera del recinto mientras estuvieran por aquellos lugares esos malditos paganos, y durante todo aquel hermoso mes de abril los bohemios habían desfilado por el otro lado de los fosos y acampado al pié de las murallas, mientras desde los caminos de ronda y las atalayas espiábanlos con miradas codiciosas las esposas de los hombres acomodados y las hijas de los artesanos, despechados contra el gobernador y afligidas por la prohibición en el edicto contenida.

Durante aquel hermoso mes de abril, cuando los espinos florecen y embalsaman el aire las flores que como copos de nieve cubren los manzanos, cuando el sol brilla en todas partes y sus rayos se posan, así en las tranquilas aguas del lago como en los tiernos botones de los sauces, no habían tenido más remedio que permanecer sentadas en un rincón del hogar, tirando de la aguja ó ó hilando lana, en vez de correr por los prados cogiendo flores; así es que la consternación era general, lo mismo en las mansiones nobles de la ciudad alta que en los zaquizamíes de los arrabales. También reinaba la consternación en el palacio, en donde las duquesas acostumbraban congregar, una vez cada temporada, los mejores músicos de la tribu nómada y se deleitaban durante todo un día escuchando sus tocatas y sus canciones. Pero el duque inflexible había prohibido á los bohemios que entraran en la ciudad del mismo modo que á los habitantes de ésta, salir de ella y encaminarse al campamento: las jóvenes duquesas, por esta razón, sentían contra su padre un resentimiento que aumentaba de día en día á medida que se iba haciendo más rara la aparición de las hordas egipcias, porque había circulado por la villa el rumor procedente de las vecinas aldeas de que los bohemios en lo sucesivo darían un gran rodeo á fin de no acercarse á la ciudad que les cerraba sus puertas; siendo, por consiguiente, aquella la última vez que se detenían al pie de sus murallas.

Dos días hacía que el último carro de la última tribu había desaparecido entre los dorados arreboles del crepúsculo y las azuladas tintas del paisaje, dejando oir los estridentes rasgueos de las guitarras y ofreciendo el poco edificante espectáculo de los desnudos adolescentes. Desde entonces reinaba un silencio sólo interrumpido por el pío pío de los pájaros de un nido, el silencio abrumador de los campos que sólo cesará cuando el segador hunda su hoz entre las mieses, y por el camino, que serpenteaba y se desarrollaba en una extensión de muchas leguas, únicamente aparecía de cuando en cuando un viandante como hormiga perdida en aquellas soledades. Y allá lejos, muy lejos, la mancha obscura de los montes destacaba sobre el firmamento pálido fijas, por decirlo así, sus miradas en el horizonte.

Era pues, aquella la tercera tarde y las tres hijas del gobernador permanecían desde el alba en el amplio balcón que daba al campo; en la vasta cámara, poco antes animada por los cuchicheos y las canciones de las doncellas, callaban los laúdes y las tiorbas; hacía dos horas que el sol habíase ocultado tras las moradas cumbres de las montañas, y la luna, surgiendo de entre un bosquecillo de cipreses, bañaba en argentada luz los lívidos tapices del ducal gineceo, en donde quedaban solas las tres hermanas, porque la hora de la comida había llevado á las cocinas á su servidumbre.

La mayor de las duquesas, que se llamaba Belangere, que era muy blanca, muy alta y muy formal y que tenía el cabello castaño y unos ojos negros muy hermosos, volvióse lentamente hacia sus hermanas, Ivelania la rubia y Merilda la pelirroja, y sin decir una palabra, poniéndose un dedo sobre los labios, hiza una seña á sus hermanas, seña misteriosa, porque las dos, acometidas de un repentino temblor, palidecieron y se acercaron una á otra. En aquel momento dejóse oir en el campo el sonido de una viola, alegre, provocativo y embelesador, y luego lloró una voz, pero una voz de sueño, tan pura, encantadora y triste era; una voz de arroyo, una voz de luna, una voz de flor que cantara: las dos jóvenes inclinaron la cabeza y dócilmente siguieron á su hermana.

Juntas descendieron al salón de altas y blasonadas bóvedas donde cenaba su padre, hundido más bien que sentado en macizo sillón, á la escasa luz de algunas bujías que pendían de las paredes, teniendo á sus pies los dos perros daneses con los hocicos apoyados en sus rodillas y rodeado de guerreros vestidos con férreas armaduras que esperaban sus órdenes. Como tres hadas penetraron las duquesas en la sala obscura, que se iluminó como si en ella entrara la aurora; las tres cubrían sus cuerpos con largas túnicas de seda bordada con pedrería, y sus perfumadas cabelleras, roja la de Merilda y rubia la de Ivelania, relucían como llamas al escaparse por debajo de sus tocas de perlas y brocado. Apoyados sus pechos sobre el respaldo del sitial, enlazaron con sus desnudos brazos el cuello del duque, y oprimiéndolo dulcemente en actitud suplicante, sonriendo, acariciándole con sus manos y con sus palabras, derramaron en el jarro á él reservado un brebaje que traía la silenciosa Belangere y con el cual humedecieron también ellas sus labios. Después, colmándole de besos, Ivelania, arrodillada junto á él, y Merilda, medio sentada en el brazo del sillón, obligaron al duque á beber tres vasos de aquel vino, mientras Belangere permanecía de pié y detrás de su padre con el ánfora en la mano.

Y cuando el duque se hubo amodorrado, circuló el jarro por toda la mesa, y de su contenido servido á los ca-

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

pitanes y á los soldados por las delicadas manos de las duquesas, bebieron todos aquellos hombres, cuyos ojos brillaban debajo de los pesados cascos de hierro y cuyas cicatrices avivábanse dando á sus rostros aspectos de máscaras, porque las jóvenes duquesas, con los hombros al descubierto, sonreían con sus labios y con sus ojos á los criados y á los señores, apoyaban en las bocas de éstos sus blancos dedos y con sus ademanes desenvueltos parecían en verdad tres cortesanas. En tanto, á lo lejos, en el silencio de la noche límpida, la viola seguía cantando y la voz lloraba sin cesar.

Poco á poco, todos los hombres de armas al servicio del duque se adormecieron y, quién con la cabeza apoyada sobre la mesa, quién recostado el cuerpo en un ángulo del salón, todos roncaban, mientras en el cuerpo de guardia los centinelas también dormían embriagados por el paso de las tres duquesas: en toda la ciudadela oíase una especie de estertor; un sueño mágico se había apoderado de sus habitantes.

A lo lejos, muy lejos, en los irisados claros, en los senderos luminosos y entre los matorrales del bosque iluminado por la luna, percibíanse los relinchos y el galope de tres caballos que ligeros corrían por entre los árboles; los crujidos de ramas que se desgajaban y de hojas aplastadas, y los murmullos de los pajarillos que despertaban sobresaltados en sus nidos: también se oía una voz, no quejumbrosa ya, que tranquilizaba á las ramas, á los nidos y á las hojas, y á la que respondían, como otros tantos gorjeos, las canciones y las risas de otras tres voces.

Y cuando despuntó el día en el castillo ducal, las doncellas se detuvieron consternadas en la puerta del gineceo: las tres duquesas habían desaparecido. Se encontró abierta de par en par la poterna que daba al campo y al centinela de pie, apoyado contra el arco del portal, con un puñal hundido en el corazón, clavado por una de las tres jóvenes Belangere, Ivelania ó Merilda. Una mano desconocida había suspendido, á modo de provocación, una guz- bohemia y una rama de hiniesta del escudo de piedra que adornaba la puerta... Todos los hombres de la guarnición pusiéronse en movimiento; pero por más que registraron la comarca en todas direcciones, no encontraron ni rastro de las tres duquesas. Y ya no volvió á pasar por la ciudad la banda de bohemios.

JUAN LORRAIN.

En la muerte de Carlos Germán Amézaga

HIJO DE MI ANTIGUO AMIGO Y CONDISCÍPULO, EL INSIGNE ESCRITOR MARIANO AMÉZAGA

.Oh noticia fatal, que de amargura
Viene á llenar mi acongojado seno!
Tú, noble vate, generoso y bueno,
Desciendes á temprana sepultura!

De excelso genitor excelsa hechura,
Mas, á las luchas y al dolor ajeno,
Desde tu hogar tan plácido y sereno
Bajas al fondo de la Nada oscura!....

¡Pero nó! Golpëando con tu mano
En la paterna solitaria fosa
Del atrevido pensador MARIANO,

—Cual pareja sublime y cariñosa,—
Al Señor de los Mundos Soberano
Os remontáis en ascensión gloriosa!

NUMA P. LLONA.

Guayaquil, Diciembre 29 de 1906.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

LOS CABALLOS

Cual aluvión revuelto, con crines como llamas,
allá van los caballos; dad paso á su carrera;
es mar desencajado que pártese en cien ríos.
es un turbión salvaje de-múltiples banderas.
De todas la Naciones volando los corceles
fingen disperso Niágara de arrolladoras fuerzas,
que fieros y gallardos para medir su empuje
acuden á un certamen sobre las Pampas épicas.
Cual preparado plinto para plantar un mundo,
se extienden las llannras como planicie eterna,
plinto que aguarda el día que en sus arenas caiga
la lluvia de ciudades que los desiertos puebla.
¿Fueron los mudos páramos el plan apocalíptico
de un mar, de un vasto Océano sin cintas de riberas,
que declamó grandioso con su elocuencia trágica
de ya perdidos pueblos las ínclitas grandezas?
Por el gigante lienzo de las llanuras, corren
los ágiles caballos que empuja la demencia,
igual que torbellinos que llevan sobre el arco
del endiosado cuello, ramales de candelas.
De un desgajado incendio, las lumbres grises, rojas,
las lumbres luengas, libres, las lumbres blancas, negras,
parece que á sus crines tremolan amarradas
como jirones fúlgidos que el viento desmelena.
Allá van por la arena bebiéndose los límites,
tragándose horizontes que surgen y se alejan,
donde el silencio virgen se rasga en bruscas sábanas
al choque de los cascos envueltos en centellas.
A su fragor inmenso, los altos avestruces
desdoblan de sus zancas los tramos que se pliegan,
y se levantan, y abren las triangulares patas,
y en dispersión de asombros los arenales llenan.
Van los caballos todos, los de carrera indómita,
los de galope olímpico, los de triunfal cadencia,
los de pujante tiro, los de potente arrastre,
los de deformes músculos, los de armonía bella.
Allí van los ingleses, los árabes-sajones,
que la apretada silla sobre los dorsos llevan,
y van los trakenenses, normandos é imperiales.
para lujosos trenes de señoriales ruedas.
Van los arloffs, que trotan con resistente brío;
los ardeneses rápidos, que al tiro se doblegan;
los de los Alpes, recios para la dura carga;
los andaluces nobles, para adular la estética.
A lo infinito varios, ostentan los corceles,
al alfombrar las Pampas en varia competencia,
medelos con que sueña la rica estatuaria,
triunfales bizarrías y alardes de soberbia.
Otros, los miembros doblan donde la mente estudia
los goznes y engranajes en los que va la fuerza,
los músculos de bronce, los ímpetus de cíclope,
las ancas de centauro y el brío con que vuelan.
Va de la Francia agrícola fortísimo el caballo
de reposadas líneas, de sólida osamenta,
de movimientos tardos que teje el equilibrio,
de masas musculares á proporción sujetas.
Es el motor enorme para el arrastre bárbaro,
el organismo firme cual de marmórea piedra,
el río inagotable de sosegado curso,
el monolito rudo de firme resistencia.
Va de la Arabia el grácil corcel de acero alado
que es de inquebrable urdimbre y es de figura esbelta,
por cuya piel discurren mil raros laberintos
con que al azar escriben las entramadas venas.
Sus cascos son relámpagos como eslabones súbitos
que chorros de mil chispas arrancan de las piedras,
y en sus nasales fosas vibra el relincho heroico
cual caracol de fuego con que los aires tiemblan.
Va el clybandés, que es alto como el normando augusto,
viril, ducal, magnífico de forma y de presencia,
hecho para berlinas de marquesados timbres,
para *landós* que luzcan coronas de realeza.
Condecoradas bandas parecen sus rendajes,
toisones, cruces, figen que por hebillas llevan;
de los palacios cruzan los pórticos dorados
y asisten impasibles á las solemnes fiestas.
Un espejuelo móvil, cual diminuto disco,
en su cerviz va dando como un gimnasta vueltas,
y su rotundo trote de zapatazos broncos
igual que reales órdenes sobre el asfalto truenan.
Va allí el inglés de huesos compactos cual marfiles,
de avizorado oído, de palpitante oreja,
de eléctrica pisada, de rápida pupila,
de sangre que es el raudo silbido de una flecha.
Elástico y contrátil, se encoge y se distiende
mientras describe el curso de su febril carrera,
oyendo en vivas salvas los cañonazos de oro
con que el *Champán* saluda su paso de centella.
Y va el Suffolk que lento, pero potente y firme,
del gran camión arrastra la máquina tremenda;
la masa de sus músculos se duda si es granito,
si es carne, hierro, bronce, ó acero que retiembla.
Va el andaluz moviendo los armoniosos brazos
abierta en dos telones la ingrávida melena,
meciendo con su marcha las redes de abalorios
que de sus recios lomos temblando se descuelgan.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Como un excelso músico, tejiendo van sus cascos
de un endiosado ritmo la original cadencia,
y son cual cuatro flautas sus remos polifónicos
á cuyo són sublime de amor canta la Tierra.
Todos, cual suelto río, por los desiertos pasan
luciendo en el torneo su empuje y su destreza,
y van timbrando rápidas sus fieras herraduras
de las enormes Pampas las sábanas egregias.
Allí están en su mundo los brutos admirables
que son la audacia, el brío, la pompa y la belleza;
los ínclitos corceles, prodigios de las razas;
los ínclitos corceles, milagros del planeta.
Para llevar tiranos que coronó el orgullo,
uncidos á las cintas de ricas carretelas,
y en homenaje innoble desparramar al viento
de su sudor glorioso las intasables perlas;
para arrojar al circo su senectud sagrada
lo mismo que se arroja lo inútil á la hoguera,
y entre ovaciones bárbaras mirar cómo agonizan
después que al hombre dieron su savia y su nobleza;
para poner sus pechos ante el cañón cobarde
ante el cañón autómata, que es gloria de la guerra,
y pulveriza en solo la vida de un segundo
pirámides altísimas que levantó la Ciencia;
para llevar encima de sus excelsos lomos
traidores personajes vestidos de gangrena
que venden á la Patria, y afrentan su heroismo,
y extinguen sus entrañas y rasgan su bandera.
Dejad que en los desiertos sin hombres y sin límites,
los ágiles caballos sus crines al Sol tiendan,
y luzcan de sus mantos las tintas señoriales
donde un millón de prismas se desbarata y tiembla.
Dejad que abran al aire sobre los mudos páramos
la túnica alazana, la túnica isabela,
la túnica de espigas, la túnica en festones,
la túnica dorada, la túuica peceña.
Dejad que á Dios y á solas abran el tordo manto,
abran el manto overo, abran el manto perla,
abran el manto pío, abran el manto rojo,
y abran el manto tigre donde las rayas juegan.
Y si queréis que torne desde las grandes Pampas
de los corceles bravos la inundación soberbia,
que avance, mas trayendo por cascos tronadores
mil hachas de abordaje sobre la Europa infecta.
Que vengan mas trayendo por espantoso impulso
un huracán que arrase la envenenada Tierra,
relinchos de clarines cual cantos de exterminio,
sudor de ácido prúsico y crines de centellas.

SALVADOR RUEDA.

BANQUETE OFRECIDO POR LA COLONIA ITALIANA AL EXCMO. SEÑOR TOMAS CARLETTI — Foto. Lund

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

La metafísica del abate Dagneaux

El abate Dagneaux no es un ser imaginario, un personaje de novela; es un hombre concreto, católico y temeroso de Dios, un moral sacerdote, profesor de filosofía en el Instituto de Santa María de París; y su metafísica, la metafísica del abate Dagneaux, es un respetable volúmen de más de cuatrocientas páginas, bien impreso en letra clara y redonda.

¡El buen abate escribiendo un tratado de metafísica en París; en la gran ciudad, en la moderna Babel como murmuran los mal intencionados! La cosa es interesante y revela por lo menos austeridad de costumbres en el filósofo Dagneaux. Mientras los libertinos, los inmorales libertinos, muestran las albas pecheras de sus camisas brillantes, bajo la luz incandescente de los focos infinitos de los teatros, mientras los crugientes trajes de seda de hermosas mujeres risueñas, pasan sonoros y aereos por los boulevares ante las terrazas de los cafes llenos de gente alegre. fumadora y ociosa, mientras la primavera reverdece los árboles y hace estallar nuevos retoños en los jardines de París, mientras cantan las aves y ríen los hombres gozosos de ser, mientras todo vibra y palpita en la naturaleza convertida en pletórica arteria de vida: el abate Dagneaux, el buen abate Dagneaux, medita en su silencioso gabinete de trabajo, sobre el bien y el mal, sobre el placer y el dolor, sobre el fenómeno y el noumeno, sobre lo absoluto y lo relativo, refutando sólidamente, eficazmente el positivismo contemporáneo, la interpretación materialista del universo, el inmoralismo actual y otras muchas teorías erróneas y contrarias á nuestra santa religión.

Pero veamos la metafísica de Dagneaux. Su grueso y filosófico volúmen consta de cuatro partes: Ontología, Cosmología, Psicología racional y Teodicea, la más importante de las cuatro; en ella se trata de Dios, se alaba su bondad, se demuestra su existencia, ó mejor dicho; la importancia, la necesidad, la conveniencia absoluta de su existencia, pues sin el supremo hacedor se derrumbaría ruidosamente el magno edificio de la iglesia católica; pérdida irreparable para la especie humana y para el abate Dagneaux. El libro es serio, profundo, metódico y por capítulos, el estilo adecuado y metafísico, topamos á menudo con lo infinito y lo finito, lo absoluto y lo relativo, lo contingente y lo necesario, el yó y el no-yo, el ser y el no ser y con muchas otras palabras eminentemente filosóficas y graves.

Hay una advertencia preliminar á manera de prólogo, en ella Dagneaux se indigna contra Voltaire porque este amable escritor dijo que cuando un hombre habla de lo que no sabe ante personas que no le comprenden, eso es metafísica. El abate filósofo llama superficial al patriarca de Ferney, y Voltaire fué superficial, ¡ya lo creo! nunca escribió un libro serio, una metafísica dividida en cuatro partes como la de Dagneaux por ejemplo. Solo los espíritus frívolos pueden burlarse de la metafísica, de esa ciencia de las ciencias, tan importante y necesaria para la vida, para la buena vida.

El abate refutador combate ardientemente á los escépticos, combate el idealismo, combate el relativismo. A los primeros les dice: los sentidos no pueden ser falaces ni la razón ilusoria, porque son obra de Dios y Dios no engaña; á los idealistas les responde: el *Esse est percipi* es falso, fuera de nosotros existe Dios. Y el argumento teológico se repite sin fin. En nombre de Jehová combate el relativismo, combate el positivismo, combate el materialismo, combate todas las doctrinas y todos los sistemas que no claudican, que no se inclinan temerosos ante el señor del abate Dagneaux.

Cuando pienso en Dagneaux y en su metafísica católica, me acuerdo, no sé porqué, de un buen médico amigo mío, fabricante de específicos completamente anodinos, mezcla de agua y azúcar, que recomendaba sus medicamentos como los únicos eficaces y verdaderos, y lo hacía de buena fé. La memoria tiene sus misterios, y esto no es extraño !la vida es tan enigmática, tan completamente enigmática, apesar de las explicaciones metafísicas del abate Dagneuax!

OSCAR MIRO QUESADA.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

EL MES DE DICIEMBRE EN LA ANTIGUA LIMA (*)

De tiempos que ya están lejos
áun me cautiva el dibujo.
Ay, hijos! cosas de lujo
hemos visto acá los viejos.

I

Allá en los tiempos del rey, la conclusión de año era, en la ciudad fundada por Pizarro, de lo bueno lo mejor. Mes íntegro de *jaraneta* y *bebendurria*.

Raro era el barrio en que el 8 de diciembre no se celebrara, en algunas casas de la circunscripción, con lo que nuestras bisabuelas llamaban *altar de Purísima*. Armábase éste en el salón principal, y desde las siete de la noche los amigos y amigas invitados empezaban á llegar. La indumentaria femenina imponía trajecito de holán y manta de callejeo.

Principiábase por un rosario de cinco misterios acompañado de cánticos á la Virgen; seguía una plática devota pronunciada por fraile de campanillas comensal de la familia; y dábase remate á la función religiosa con villancicos alegres bien cantados, al compás de clavicordio y violín, por las criadas de la casa, á las que se asociaban otras de la vecindad.

Después de las once de la noche, hora en que se despedían los convidados de etiqueta, principiaba lo bueno y lo sabroso. *Remolienda* en regla. Las parejas se sucedían bailando delante del altar el *ondú*, el *paspié*, la *pieza inglesa* y demás bailes de sociedad por entonces á la moda.

Por supuesto que las copas menudeaban, y ya después de media noche se trataba á la Purísima con toda confianza; pues, dejándose de bailecitos sosos y ceremoniosos, entraba la voluptuosa *zamacueca* con mucho de arpa y cajón.

Y el altar de Purísima duraba tres noches, que eran tres noches de jaleo, en las que, so capa de devoción, había para las almas mucho, muchísimo de perdición.

II

Desde el 15 de diciembre comenzaban las matinales misas de aguinaldo, en las que todo era animación y alegría. ¡Qué *muchacheo* tan de *rechupete* el que, en esas mañanas, se congregaba en las iglesias para tentación y pecadero del prójimo enamoradizo!

Una orquesta criolla, con cantores y cantoras de la *hebra*, hacía oir todos los airecitos populares en boga, como hoy lo están el trío de los *Ratas* ó la canción de la *Menegilda*. Lo religioso y sagrado no excluía á lo mundanal ó profano.

(*) En ninguno de mis tomos de *Tradiciones* figura este artículo, cuya paternidad tenía ya olvidada. Se publicó, hace quince años, en la *Ilustración Artística* de Barcelona, acompañado de la acuarela de Pancho Fierro sobre el altar de Purísima.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Al final de la misa un grupo de *pallas* bailaba *cachua* y el *maisillo*, cantando coplas no siempre muy ortodoxas.

Una misa de aguinaldo duraba, como la de Nochebuena, por lo menos un par de horitas: de siete á nueve. Esas misas sí que eran cosa rica, y no insulsas como las de hogaño. Ya en la Misa del Gallo no hay pitos, canarios, flautines, zampoñas, matracas, bandurrias, zambombas, canticio ni bailoteo; ni los muchachos rebuznan, ni cantan como gallo, ni ladran como perro, ni mugen como buey, ni maullan como gato, ni nada, ni nada de lo que los viejos alcanzamos todavía, en el primer tercio de la república, como pálida reminiscencia del pasado colonial.

III

La Nochebuena, con su *Misa del Gallo*, era el no hay más allá del criollismo.

Desde las cinco de la tarde del 24 de diciembre, los cuatro lados de la Plaza mayor ostentaban mesitas en las que se *vendía* flores, dulces, conservas, juguetes, pastas, licores y cuanto de apetitoso y *manducable* plugo á Dios crear.

A las doce sólo el populacho quedaba en la Plaza, multiplicando las libaciones. La aristocracia y la clase media se encaminaban á los templos, donde las *pallas* cantaban en el atrio villancicos como éste:

Arre, borriquito,
vamos á Belén,
que ha nacido un niño
para nuestro bien.
Arre, borriquito,
vamos á Belén;
que mañana es fiesta,
pasado también.

A la Misa del Gallo seguía, en las casas, opípara cena, en la que el *tamal* era plato obligatorio. Y como no era higiénico echarse en brazos de Morfeo tras una comilona bien mascada y mejor humecida con buen tinto de Cataluña, enérgico Jerez, delicioso Málaga y alborotador *quitapesares* (vulgo, legítimo aguardiente de Pisco ó de Motocachi), improvisábase en familia un bailecito al que los primeros rayos del sol ponían remate.

En cuanto al pueblo, para no ser menos que la gente de posición, armaba jarana hasta el alba alrededor de la pila de la Plaza. Allí las parejas se descoyuntaban bailando zamacueca borrascosa, de esa que hace resucitar muertos.

IV

Como los altares de Purísima, eran los *nacimientos* motivo de fiesta doméstica.

Desde el primer día de Pascua armábase en muchas casas un pequeño proscenio, sobre el que se veía el establo de Belén con todos los personajes de que habla la bíblica leyenda. Figurillas de pasta ó madera, más ó menos graciosas, complementaban el cuadro.

Todo el mundo, desde las siete hasta las once de la noche, entraba en el salón donde se exhibía el divino misterio con entera llaneza. Cada nacimiento era más visitado y comentado que ministro nuevo.

Cuando llegaban personas amigas de la familia propietaria del nacimiento se las agasajaba con un vaso de aloja, chicha morada ú otras frescas horchatas, bautizadas con el nada limpio nombre de *orines del Niño*.

En no pocas casas, después de las once, cuando quedaban sólo los vecinos y amigos de confianza, se armaba una de golpe al parche y fuego á la lata. Se bebía y *cuequeaba* en grande.

El más famoso de los nacimientos de Lima era el que se exhibía en el convento de los padres belethmitas ó barbones. Y era famoso por la abundancia de muñecos automáticos y por los villancicos con que festejaban al Divino Infante.

Pero como todo tiene fin sobre la tierra, el 6 de enero, día de los Reyes Magos, se cerraban los nacimientos. De suyo se deja adivinar que aquella noche el jolgorio era mayúsculo.

Y hasta diciembre del otro año, en que, para diferenciar, se repetían las mismas fiestas sin la menor variante.

RICARDO PALMA.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

San Telmo se porta bien

Universidad Mayor de San Marcos Biblioteca Lima-Perú

.....Estaba yo ayer departiendo con Evaristo, mi barquero. El cual es un marinero rubio, seco, de ojos chispeantes. Tiene sus lecturas, y se las da de «espíritu fuerte» entre sus compañeros. No obstante, me dijo en medio de la conversación:

—Yo creo haber visto al diablo, señor.

—¿Cómo, Evaristo?

Y me contó una su nocturna aventura, complicada con un caso telepático que complacería al duque de Argyll.

—Melo de la Morena—me dijo—era un pescador como yo. Nos conocíamos desde muchachos y fuimos muchas veces juntos á la faena de la sardina.

Una noche—de esto hace poco tiempo—volvía yo por la ría, del lado en que se pescan los salmones, más allá del puentes de Muros.... Era como la media noche, y había obscuridad grande. Cuandö al acercarme en la lancha un tanto hacia la ribera, oigo:—«¡Evaristo! ¡Evaristooo!»—Y la voz era tan espantosa y desusada, que se me erizaron los cabellos. No obstante, como yo venía acompañado de mi viejo padre, reconocimos juntos la voz de Melo de la Morena.—Es Melo de la Morena, dije yo.—Es la voz de Melo de la Morena, afirmó mi padre.—Pero, ¿qué andará haciendo á estas hora por aquí? ¿Y por qué su voz nos da miedo? Los gritos seguían, pavorosos. Yo no creo en esas cosas, señor. Yo he leído que todo eso es superstición. Pero, de acuerdo con mi padre, nos alejamos ligeros del lugar, y de unos cuantos golpes de remo llegamos pronto á la casa. Por la mañana vi á Melo de la Morena:—Melo, ¿qué andabas haciendo anoche tan lejos, por el puente de Muros, como á las doce?—Yo estaba en mi cama, dijo Melo.—Pues mi padre y yo hemos oído tu voz que nos llamaba.—Yo me acosté muy temprano, repuso Melo.—Y lo terrible del caso es, señor, que un mes después Melo de la Morena, que fué á la sardina, se ahogó, y á mí me tocó sacar el cadáver del agua.

—A todo esto, Evaristo—le dije,—no ha aparecido el diablo.

—Es verdad—contestó.—Eso fué otra noche. Y digo sería el «diaño»; aunque no sé francamente si sería él... Usted verá.—Y me narró sus aventuras de otra noche. Volvía á su casa, ya tarde, y cerca de las ruinas del Castillo de San Martín, oyó que su padre le llamaba desde una barca, para que le llevase á su casa. Acercóse, y vió una figura blanca, de pie.—Vamos, padre, dijo Evaristo.—Ya voy, respondió la figura blanca.—Pero no se movía. Y Evaristo se cansó de llamar, y la figura seguía diciendo «ya voy». Hasta que Evaristo vió que aquello era cosa diabólica y se acercó más y descargó un remazo sobre la figura. La cual se deshizo como un humo.

—Evaristo—le dije,—indudablemente era el «diaño».

En esto estábamos cuando vimos pasar una mujer llorando, que corría hacia la costa. Y un hombre que llegó después, nos gritó:

—Una lancha se ha volcado, y traía trece hombres. Allá por la punta del muelle.

Fuimos á ver lo que pasaba.

El mar no estaba tan revuelto, más soplaba un fuerte viento nordeste que había causado el desastre. A la vista de los que estábamos en la costa una barca de las que tornaban de la pesca se encontraba volcada. Se notaba el movimiento de los salvadores en las otras barcas. ¿Cuántos pobres pescadores se ahogarían? Yo oí cerca de mí gritos y sollozos. Viejas desoladas se llevaban las manos á la cabeza, tendían los brazos hacia las grandes olas. Mujeres más jóvenes, seguramente esposas, lloraban también. Lloraban niños; todo el mundo lloraba. Y la concurrencia de vecinos aumentó. Se rezaba. Se escuchaban lamentaciones: «¡Pobreciños! ¡pobreciños!» Una mujer andrajosa, alta, aullaba como una Hécuba. «Aquélla—me dijeron—tiene un hijo en la pesca; aquella otra tiene dos hijos; aquella otra su marido y un hijo». Así era la desolación. Jamás mis nervios han estado más vibrantes, ni mi corazón más apretado. En mí se refleja todo ajeno dolor; y aquella escena era para conmover á un hombre de bronce.

Y una anciana, toda trémula, no cesaba de repetir: «¡San Telmo, señor San Telmo, líbralos!» Al cabo de un largo rato vióse que de nuevo las lanchas se ponían en marcha, rumbo al acostumbrado desembarcadero. Todos nos dirigimos allá. ¿Habían quedado en el agua algunos pescadores?

¿Cuántos? ¿Que rugido, qué clamor maternal íbamos á escuchar entre el grupo de mujeres cuando se acercasen á la playa los marineros y diesen cuenta del desastre? Se advertía que la lancha volcada venía á remolque, y que en algunas de las otras había tripulantes de ella. Por fin doblaron las embarcaciones el extremo del muelle, y entraron en la boca de la ría. Pronto estuvieron al habla, y las gentes empezaron á reconocer á los que venían. «Aquel es Pedrín». «Aquel es Basilio». «Aquel es Juan». «Allá viene Anselmo». Y venían voces de ellos: «¡No hay cuidado ninguno!» «¡Todos salvados!»

Todo fué entonces alegría. Desembarcaron mojados los náufragos. Uno de ellos venía muy enfermo, pero pronto se repuso. El «espumeiro» y la muerte quedaban vencidos. Yo creí del caso decir al buen San Telmo:

—¡San Telmo, te has portado bien!

RUBÉN DARIO.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Del siglo XVIII

La linda, amorosa,
la grácil duquesa,
de cutis de rosa
y boca de fresa;

Con la sierva linda
de menudo paso,
y boca de guinda
y cutis de raso;

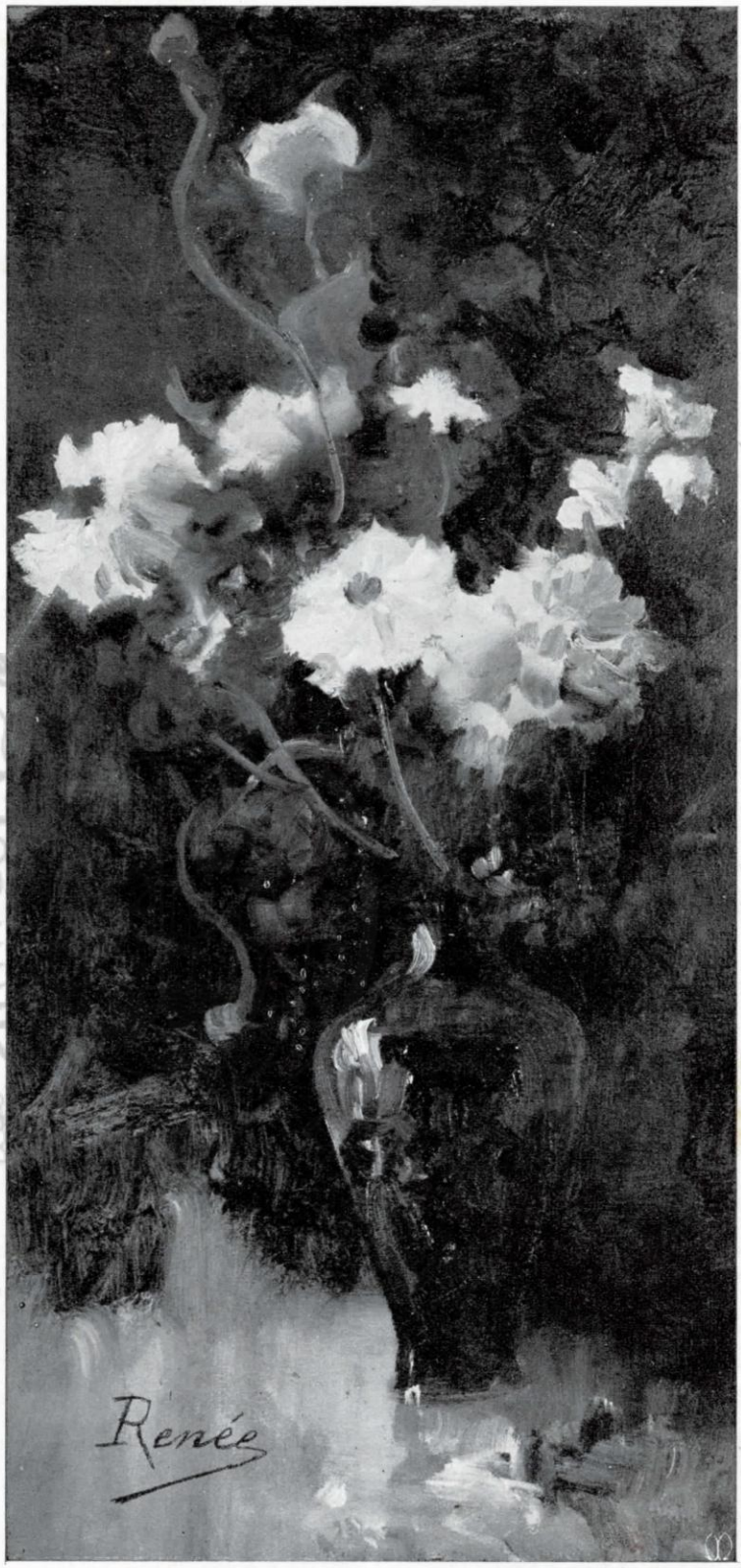
Ante uno de rosa,
feliz tocador,
compara amorosa
sus senos en flor.

Escuchan un breve
y lánguido paso
que va al tocador;
se abrochan el leve
corpiño de raso;

y llenas de amor,

muerden, la duquesa
y la sierva linda:
la esclava, la fresa;
la noble, la guinda.

R. BLANCO-FOMBONA.



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

LOS SAMURAYES

Desde hace algunos días no se habla sino de los samurayes. Los samurayes, según parece, están consternados. Los samurayes están furiosos. Los samurayes, como antaño, amenazan al cielo con sus sables. Y uno se figura que las relucientes armaduras del Museo de Uyeno van á animarse llenando la ruta del Tokaido con aquel estrépito de sables, de cascos, de corazas y de máscaras que hacía temblar en siglos anteriores á la corte de Kioto en un extremo, y en otro extremo á la corte de Yedo. Pero en esto, como en todo, la realidad es menos pintoresca que el ensueño. Los señores feudales de nuestra época llevan sombrero hongo, kimono obscuro y lentes de oro. Yo los he visto surgir del seno moviente de las multitudes y trepar á las tribunas públicas con agilidades de monos envejecidos. Los he visto gesticular de un modo sobrio y he adivinado que, en sus discursos, las amenazas están basadas en datos estadísticos. Sólo que no por eso he creído, como los demás europeos, que los japoneses de hoy son inferiores á los de ayer. Son menos pomposos. son menos magníficos en la forma, eso es todo. En el fondo, son iguales.

¡Cuánto heroísmo y cuanta elegancia en este pueblo! Basta con que el más ligero viento de lucha sople, para que las caballerosidades legendarias se renueven. Anoche, un oficial de la policía, viendo que una horda de energúmenos se acercaba hacia la catedral rusa, les dijo: «Ni mis hombres ni yo nos serviremos de nuestras armas contra vosotros; mas en caso que incendiéis este edificio extranjero, nos suicidaremos ante vuestra vista.» Y lo mismo que en las batallas antiguas, en que un minamoto heroico se hacía aplaudir por sus enemigos los Hira en medio de un combate, los manifestantes de hoy vitorearon al policía enérgico y se alejaron con las teas vírgenes. En otro lugar de la ciudad, el viejo alcalde de Tokío, que sin embargo, no tiene nada de ministerial, se armó de un sable y defendió la entrada de un ministerio con más vigor que un militar. Un grupo, en fin, juró morir defendiendo al obispo ruso del Japón, en caso de que el populacho lo amenazara.

Todo está en armonía perfecta con el antiguo prestigio de la casta caballeresca, cuyo principio fué siempre sonreir aun en la agonía, ser cortés aun en el odio y no regatear jamás la vida. «Lo primero—dice la regla del bushi—es vencerte á tí mismo.» Y esto se entiende vencer lo que hay en cada hombre de grosero y de egoista, vencer á la bestia, cubrir las muecas con sonrisas. Así, los libros tradicionales insisten: «Entre el hombre victorioso en cien batallas y el que sólo se ha vencido á sí mismo, éste es el más grande.» De este modo habla el *Dammapada*. «Ni aun un dios puede transformar en derrota la victoria que consigas contra tí mismo», dice el *Damikasuta*. La misma religión nacional no es sino una escuela de bello heroismo, pues *shinto* significa carácter leal y valeroso. En el más antiguo texto santo, el *Kodjiki*, las parábolas y las leyendas ensalzan el heroismo por encima de todas las demás virtudes. Un día, el hijo de la diosa Amaterasu pasa por la montaña, y ve que dos ancianos lloran porque el dragón invencible les ha arrebatado á su hija.

En el acto, el San Jorge amarillo desenvaina su sable y, arriesgando su divina existencia, lucha contra el monstruo. Otra vez el poderoso Tsubura ve entrar en su siro á un joven desconocido que le dice: «Protégeme, pues el príncipe Ohoatsue me persigue con sus tropas.» El poder de Ohoatsue es inmenso. No importa. El deber ordena á Tsubura no abandonar á un vencido, y le ofrece protección. Pocos minutos después, las tropas enemigas sitian el siro y amenazan con incendiarlo todo si no se les entrega el fugitivo. El castellano aparece en lo alto de su torre y dice:

—Poderoso adversario: la princesa Kara, mi hija, será tu esclava y mi fortuna entera será tuya si te alejas con tus huestes. En la lucha no tengo ni la menor esperanza de vencerte. Pero si no aceptas lo que te ofrezco y me pides lo que el honor de la hospitalidad no me permite entregarte, te responderé combatiendo, á pesar de que no disponemos ni de flechas ni de lanzas.

El combate principia. En poco tiempo los sitiadores se apoderan de las murallas.

—Estamos perdidos—murmura el fugitivo, mátame y haz la paz.

—No, contesta Tsubura—tú estás en mi casa, eres mi huésped; lo único que puedo hacer es morir á tu lado.

Y al mismo tiempo se abre el vientre.

«Aquel—dice la historia—era un verdadero samurai.»

Otro samurai legendario es el triste Matsuo, que por salvar la vida al hijo de su señor degolló á su propio hijo.

☆

El alma del samurai se nutre de leyendas heroicas. En cada regimiento, en cada barco de guerra hay un «contador de cuentos», que recita, en las horas de descanso, las más bellas historias antiguas. A uno de éstos le oí contar una historia que ya antes había leído en el *Taiheki*. Se trata de un acto heroico infantil. Los monjes de Yseisan han declarado la guerra á las tropas del sogún. Uno de ellos, un hércules fanático, que se siente cual una maza en la mano de Dios, lánzase primero que todos contra el arrogante é invencible kaito. El choque es espantoso. Las armaduras crujen en la lucha y los cascos de laca y de bronce saltan en astillas. La multitud que contempla tamaño duelo, cree que el triunfo será del militar, no sólo más fuerte y más ágil, sino también mejor armado. Pero de pronto, como por un milagro, un cuerpo rueda y el monje alza en la punta de su pica la cabeza de su adversario.

Entonces sale de entre la muchedumbre un niño vestido de guerrero, con una coraza de plata y un sable de empuñadura de oro. La gente le ve sonriendo. ¿A dónde vas?—le preguntan las mujeres acariciándolo. Sin contestar, lánzase contra el monje, lo ataca, le da cien estocadas en la coraza. Pero ni su arma ni su brazo pueden hacer daño. El monje, lleno de admiración por

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

tan precoz bravura, inclínase hacia el niño y lo toma en brazos. «¡Soy el hijo de kaito—exclama éste—soy el hijo de aquel á quien acabas de decapitar y necesito ó matarte ó morir!» En aquel mismo instante una flecha atraviesa el cuerpo infantil, que el fraile, llorando, deposita bajo un árbol. Los partidarios del sogún, que ven aquellas lágrimas, creen al héroe incapaz de continuar peleando y se preparan á hacerlo prisionero. Uno le arrebata su sable, otro su lanza. Entonces él, cogiendo por los cabellos la cabeza cortada, lánzase al combate blandiéndola cual una maza.

Además de estos poemas famosísimos, los japoneses poseen toda una literatura novelesca hecha también para exaltar el instinto bravío, y que, por desgracia, no está traducida á ninguna lengua europea. «Los novelistas—dice el marqués de la Mazeliere—pintan con entusiasmo las costumbres del siglo XV y del siglo XVI. En sus obras no hay más que raptos, matanzas, emboscadas, riñas, actos heróicos de espadachines, que para salvar á una bella acuchillan á toda una patrulla. La aventura y el capricho dominan al país. Cuando alguien se enamora de una doncella, sitia la casa de su familia, la toma por asalto y se apodera de ella. Más adelante, si se cansa de sus caricias, la vende á un vosiwara. Matar es un acto sin importancia. En cada esquina se encuentra un muerto por las mañanas.»

¿No se diría que leemos un resumen de la época que Maindron pinta en sus novelas de capa y espada? Lo mismo que los aventureros de Saint-Cendre y de monsieur de Clerambon, los nipones adoran el peligro y el placer. Las mujeres les parecen bastantes adorables para que por ellas se pierda la vida, pero no para hacerlas el sacrificio de la libertad. El hombre es un nómada de la galantería y de la guerra. Caballero en un rocinante de Manchuria, de esos que tienen un cuerpo enano y una cabeza enorme, cumple el deber sagrado de recorre el imperio en busca de estocadas y de caprichos. Sólo los enfermos y los sacerdotes gozan del triste derecho á estarse quietos. Los demás, todos los demás, nobles y plebeyos, están hechos para las correrías. Los que no pueden ser samurayes y lucir un casco negro con antenas de oro, se consagran á pillar las costas coreas en buques piratas, ó á desvalijar viajeros en los caminos.

La profesión de bandolero posee su prestigio cuando se ejerce con bravura y con arrogancia. Un salteador llamado Goemón ha inspirado muchas novelas y muchos romances populares. Es el tipo del gentil hombre bandolero, capaz de todo lo bueno y de todo lo malo, terrible y amable, atrevido y sutil. Entre sus aventuras hay una que conocen y celebran los niños: es la de haber robado á un embajador su traje y sus papeles, con objeto de pasar un día en el palacio del sogún que más lo odia y lo persigue. Al final de su vida, atacado por cien soldados, refúgiase en un templo y se defiende cual un héroe. «Mi vida—exclama—no me importa; pero mi hijo está conmigo y su existencia vale veinte existencias militares».

En efecto; con su sable mata á veinte enemigos antes de rendirse. Los tribunales le condenan á morir en una caldera de pez hirviente, con su hijo. El pueblo se amontona para verlo. Las tropas guardan la plaza del suplicio. Aun encadenado inspira miedo. En el momento de morir lo llevan hasta el borde de la caldera, y le dicen: «Precipítate allí con tu hijo; defiéndelo de la muerte si puedes.» El sonríe y se arroja al fondo de la substancia infernal, teniendo á su hijo en los brazos, que salen de la pez. Y su cuerpo se quema, y su vida se escapa; pero los brazos continúan enhiestos, crispados, sosteniendo al niño fuera de la caldera.

Otras veces, la imaginación y la leyenda toman formas menos trágicas, sin perder nada de su heroismo y de su caballerosidad. La historia del poeta Tadanori, contada por Yoshida en el prólogo del *Cerezo de Sumá*, es una página exquisita. Lo mismo que todos los nobles, Tadanori era militar y guerrero. Un día el jefe de su clase le ordenó que asaltara un castillo con un grupo de samurayes.

«Muy bien—contestó el poeta—pero puesto que en el empeño he de dejar la vida, permitidme antes ir á despedirme de mi maestro. Su jefe se lo permitió. «Aquí vengo—dijo al entrar en casa de su maestro—para deciros un eterno adios. Si antes no he venido, es porque sabía que podría siempre venir. Pero ahora estoy seguro de lo contrario. Lo único que tengo son mis poemas. Aquí los tenéis. Adios.» En la tarde misma partió hacia el castillo; pero como lo encontró cerrado, acostose bajo un cerezo en flor y compuso un último poema. Luego, reuniendo á sus compañeros, llamó á la puerta, que para él fué la puerta de la tumba.

Otra leyenda, también fielmente histórica, es la del hermano del caudillo Atsumori. Este joven guerrero llevaba siempre consigo una guitarra, y en los momentos de descanso tocaba en ella aires de su invención. Un día, en medio de los preparativos de una batalla en que sabía que iba á encontrar la muerte, llamó á un amigo y le dijo:

—Nuestro *clan* va á desaparecer por completo. La lucha que hoy sostendremos contra un enemigo mil veces más numeroso, es nuestra última acción en este mundo. Permitidme, pues, que me despida de tí tocando en mi biwa algo de lo que hay en mi corazón.

Los acordes que arrancó al instrumento fueron tan melancólicos, que todos sus servidores sintieron que los ojos se les llenaban de lágrimas. Cuando hubo terminado, entregó la guitarra á su amigo diciéndole:

—Yo había jurado no separarme de ella durante mi vida. Ya he cumplido, puesto que mi vida termina hoy. Consérvala tú ahora como un recuerdo, y cuando la toques oye bien lo que sus cuerdas te digan, pues en ellas habra siempre algo de mi alma.

Luego, poniéndose su casco de antenas áureas, mandó que le trajeran su caballo de guerra y montó en él sonriendo.

A todos estos héroes; los samurayes los han divinizado.

☆

Pero los santos más respetados de la religión samuray, los ejemplos más altos de virtudes japonesas, son los cuarenta y siete ronins, cuyas tumbas constituyen, en los alrededores de Tokío, un santuario nacioual. Estos ronins servían á las órdenes del príncipe Akao, que fué insultado una tarde en público por el cortesano Kotzuké, y que luego, por intrigas del mismo, fué condenado á muerte. Sobre su sepulcro los bravos samurayes

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

juraron vengarlo. Pero el cortesano era muy cauteloso y llegar hasta él resultaba difícil. No importa.

Con una paciencia que sólo el odio explica, esperaron veinte años espiando las circunstancias, y al fin lograron sorprenderlo y ahorcarlo. Después de ejecutar la santa venganza, los cuarenta y siete hombres que habían abandonado familia, riquezas, honores y placeres para ejecutar sus planes, coronaron su obra sublime suicidándose ante la tumba de su señor.

—¡Espantoso ejemplo! —claman los misioneros cristianos.

Pero los japoneses, que tienen una moral diferente de la nuestra, en la cual la venganza es una virtud y el sacrificio de la vida un deber; los japoneses, más leales y más nobles en su crueldad, no dejarán nunca de adorar á aquellos divinos caballeros del rencor, que supieron vivir toda una existencia de energía, y que murieron, como mataron, en belleza.

☆

Otra virtud del samurai, es el espíritu de justicia. El alma leal está guiada por una conciencia sin mancha. Cuando un hombre de armas siente el brazo debilitado por la edad, se consagra á la magistratura. El juez es un samurai anciano por lo general. Así, la ley, la equidad, tienen paladines invencibles. Ni ruegos, ni promesas, ni amenazas, logran influir en el ánimo de los que juzgan. El mismo interés político, lo que se llama «razón de Estado» en Europa, los deja absolutamente indiferentes. Durante el proceso contra el policía que en Kioto trató de asesinar hace doce años al actual zar de Rusia, se vió lo que puede una voluntad firme y una conciencia recta. El ministerio tenía empeño en que el criminal fuese condenado á muerte para evitar reclamaciones rusas. Los jueces después, de consultar las leyes, contestaron que no podían aplicar la pena capital por una simple tentativa de asesinato.

El gobierno destituyó á los magistrados y nombró otros que le inspiraban mayor confianza. La sentencia dada por éstos fué, sin embargo, igual á la primera. Entonces el emperador, el santo hijo de la diosa del sol, el que no se equivoca nunca, quiso con su prestigio apoyar á sus ministros, y llamó á los jueces para aconsejarles que modificaran el veredicto. Todo fué en vano. Si los rusos quieren hacernos la guerra porque aplicamos la ley—respondió el más anciano magistrado—estamos prontos á morir defendiendo á nuestra patria; pero la justicia es la justicia. «Y cuando uno conoce la historia íntima del pueblo japonés, no puede menos que reirse de las pretensiones de los europeos, que se figuran haber dado con sus tribunales consulares una gran lección de jurisprudencia práctica á esta gente. En todas las épocas, en efecto, el hombre de las islas niponas ha tenido una idea religiosa del deber, de la lealtad y de la justicia. La biblia cívica del Extremo Oriente, el *Sinkociotoki de Tchikafusa*, dice en su capítulo relativo al gobierno: «La ciencia de gobernar está basada en la justicia estricta. Tal es la lección que nos da la diosa Tensodaizin. Y primeramente conviene saber que es justo lo que premia el mérito y castiga el crimen. Y en esto no habrá jamás debilidad ni complacencia. «Esta enseñanza no es palabra vana.

La rectitud es un precepto religioso. Entre las divinidades sintoistas que el pueblo adora, se encuentra un antiguo juez, modelo de honradez, el gran Itakura Sihheidé. Este magistrado tenía la costumbre de presidir su tribunal escondido detrás de un biombo y de moler te durante las audiencias. «¿Por qué haces eso?», preguntole un día el daimio. Y el buen juez le contestó: «La razón que tengo para oir las causas sin ver á los acusados, es que hay en el mundo simpatías, y que ciertas caras inspiran confianza y otras no; y viéndolas, estamos expuestos á creer que la palabra del hombre que tiene rostro honrado es honrada, mientras la palabra del que tiene rostro antipático no lo es. Y esto es tan cierto, que antes de que abran la boca los testigos, ya decimos al verlos: éste es un malvado; éste es un buen hombre.

Pero luego, durante el proceso, se descubre que muchos de los que nos causan mala impresión son dignos de cariño, y, al contrario, muchos de los agradables son inmundos. Por otra parte yo sé, que aparecer ante la justicia, aun cuando se es inocente, resulta una cosa terrible. Hay personas que, viéndose frente al hombre que tiene entre sus manos su suerte, pierden toda energía y no pueden defenderse, y parecen culpables sin serlo.» El daimio exclamó: «Muy bien; pero, ¿por qué te entretienes en moler té?» «Por esto que voy á responderte», murmuró el juez. Y le dijo: «Lo más indispensable para juzgar es no permitir á la emoción dominarnos. Un hombre de verdad bueno y no débil, no debe nunca emocionarse; pero yo no he logrado aún tanta perfección, y así, para asegurarme que mi corazón está tranquilo, mi mano también lo está, y el molino va suavemente, y el té sale bien molido; pero, en cambio, cuando veo salir el té mal molido, me guardo de sentenciar.» ¿No os parecen deliciosas y deliciosamente significativas estas palabras? Un pueblo que diviniza á quien así habla, tiene que ser un pueblo leal. Eos gobiernos no influirán jamás en los que allí están encargados de ser justos.

Y, sin embargo, los europeos siguen llorando la supresión de los tribunales consulares. En Yokohama, anoche, un holandés me decía. «Desde que los japoneses juzean, no hay una sola queja contra la legalidad.» Y como yo le preguntara por qué en ese caso la Cámara de comerciantes extrangeros continúa siendo tan enemiga de los tribunales nipones, me contestó: «Por un extraño orgullo que nos hace creer que es humillante sosometernos, nosotros blancos, á la justicia de los amarillos. «¡Siempre los mismos prejuicios, siempre la misma vanidad!

☆

En su heroísmo, en su religión de la justicia, en su culto de lealtad y caballerosidad, el samurai está sostenido por el orgullo de ser japonés. ¡Vosotros los que creéis amar y admirar á vuestra patria, vosotros hombres de Europa y de América, apenas si merecéis que se os llame patriotas! El ciudadano del Yamato, diviniza á su tierra, Oid:

«Las civilizaciones de todos los países deben reunirse «en el Japón; y el Japón transformará esas civilizacio- «nes por su influencia propia y dotará al mundo de una

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

« civilización única y verdadera. Este es la misión par-
« ticular del Japón, la que debe perpetuar eternamente
« sn influencia. »

Estas palabras, de un místico nipón, una revista de Tokio las reproduce hoy para hacerse de ellas un programa. El Japón debe, á su entender, ser el centro del mundo. Y no creáis que para ello invoque razones de fuerza, ni que los triunfos de China y de Rusia tengan nada que ver con el asunto. El Japón debe ser el centro del mundo por razones eternas, inmutables, independientes de poderíos y de guerras. «Toda cosa organizada tiene su centro—dice el *Jióai Shicho*—y por lo mismo la tierra debe tenerlo. Ese centro es el Japón, que ocupa aquí abajo el lugar que el sol ocupa allá arriba. Inglaterra, que creyó tener este privilegio, se equivoca. Sin duda, el primer meridiano terrestre pasa por Londres, y el imperio británico es tan vasto que se puede dar la vuelta al orbe sin salir de sus dominios. Pero su situación es inferior á la nuestra en el mar: las aguas que le bañan son las de un océano secundario. En cuanto á la India, que en tiempos remotos se creyó también el centro del mundo, yace hoy sin aliento y sin esperanzas. La joven América, rica de sus progresos y más rica aún de su porvenir, no puede menos de creerse el centro del globlo; pero es demasiado grande para ser un centro. La China tiene el mismo inconviente.» Una vez los rivales peligrosos así vencidos, la revista japonesa no encuentra inconveniente ninguno para presentar la candidatura del santo Yamato. «Veamos—dice—si nuestra patria está en circunstancias favorables para ocupar el puesto que á nadie le pertenece aún.» Y con una seriedad extraordinaria analiza á su divino Japón.

Desde el punto de vista geográfico, lo encuentro situado en el límite del mundo occidental y del mundo oriental, dominando el más grande océano. Ya es mucho. Pero hay más. mucho más. La cadena de sus islas, que se extiende de Norte á Sur, encierra todos los climas del Universo, reune todas las culturas, compendia todas las bellezas. Su genio nacional es el genio de la tierra entera, puesto que despues de asimilarse, en tiempos remotos, las civilizaciones de la India y de la China, posee hoy todos los progresos occidentales. El único inconveniente, pues, que podría encontrársele, sería su pequeñez. Pero á esto el *Jidai Shicho* responde: «El sol mismo, entre las de la Vía láctea, no es sino una pequeña estrella, y, sin embargo, es el centro del cielo.

En la extensión de la tierra hay, sin duda, países mas grandes que el nuestro: no los hay con mejores cualidades, con mayor genio, con mejor posición física.» Examinando luego las corrientes de las civilizaciones de los siglos, la revista de Tokío nota que todas, en todos los siglos, han sido dirigidas hacia su patria. La más antigua, la índica, penetró en China, conquistó la Corea y llegó al Japón, en donde se detuvo; más tarde, la China, después de producir á Confucio, á Meneio y á Lao-Tse; conquistó espiritualmente el Este, y llegó hasta el Japón, de donde no pudo pasar. Esto por el Oriente. Por el Occidente, la civilización griega, después de apoderarse de Europa, pasó á América, y de América saltó hasta el Japón, en donde acabó su carrera.

Y así, haciendo un círculo, las dos grandes civilizaciones, que tratan de alejarse una de la otra, llegaron á reunirse en un lugar admirable que las confunde, que las perpetúa y que las da vida nueva. Ese lugar es el Japón. La revista de Tokío cree que esto es tan claro, qne ni siquiera necesita largas explicaciones.

«Sería necesario estar ciego—dice—para no ver, en la marcha de las civilizaciones, el rumbo hacia nuestros lares, marcado por la Naturaleza misma.»

Y luego pregunta:

«¿No es éste un signo seguro de que la tierra de Yamato es el centro del mundo?»

La respuesta tiene que ser afirmativa, puesto que el estudio termina con la siguiente otación:

«¡Oh, gran ley de Natura, cuán profundos son tus dictados! Compatriotas, comprended esa ley, comprended lo que sois siendo de esta tierra! Ya Nichisen dijo que el Universo, nuestra patria, es la columna que sostiene la belleza y la gradeza. Es el Budha de los pueblos! Adoremos, pues, adoremos humildemente la divina comarca de Mio!»

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO.

El Espectro

Como un aparecido
hasta tu alcoba llegaré sin ruido
y á favor de lo obscuro
me acercaré á tu lecho junto al muro.

Y te daré alma mía,
besos más fríos que la Luna fría;
caricias de serpiente
que se arrastra en un mármol torpemente.

Al llegar la mañana,
lívida luz profana,
te hará ver que mi sitio está vacío
y al palpar con la mano tendrás frío.

Otros por la ternura
reinan en tu hermosura;
yo, solapado y quedo,
reinaré por el miedo.

La Giganta

Cuando, pródiga en verbos de abundancia, Natura
no concebía un hijo que no fuera monstruoso,
yo hubiera deseado vivir de la ternura
de una joven giganta: así se me figura
á los pies de una reina un gato voluptuoso.

Yo hubiera deseado ver como florecía
su cuerpo y con el cuerpo el alma inteligente;
ver que libre, en la furia de sus juegos crecía,
adivinar lo oculto de una llama sombría,
en la niebla que mojan sus ojos bruscamente.

Recorrer á mi gusto sus formas prodigiosas,
escalar, arrastrándome sus rodillas gloriosas,
y—tal vez—en Agosto, cuando el sol que la baña
la fatiga, y se tiende sobre los frescos henos
dormirme, aprovechando la sombra de sus senos
como una pobre aldea al pie de la montaña.

CARLOS BAUDELAIRE.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

En el arte nacional hay dos temperamentos artísticos que revelan secreta analogía por el fondo de su alma, por el carácter de su producción, por eso es que al esbozar la obra artística del uno recordamos al otro; el mulato Pancho Fierro como Manuel Ascencio Segura fueron dos criollos genuínos; á través de sus obras siéntese el calor del alma popular. Fierro es criollo y popular en sus acuarelas. Segura es criollo en sus comedias. Sintieron, además ambos artistas con intensidad el colorido de toda una época, las costumbres de Lima de 1850. Las comedias del uno y las acuarelas del otro son obras llenas de vida, de sentimiento y de color. Segura es un poeta popular, Pancho Fierro es el pintor de los tipos populares.

Fierro era un mulato; de alma de artista, de espíritu ingenioso y burlón; tenía la intuición del color; tal vez imágenes ricas, visiones de artista que al ser trasladadas al papel encontraban como obstáculo insuperable una mano insegura en el dibujo. Carecía Fierro de ese elemento importantísimo en el arte llamado habilidad técnica ó destreza artística; no llegó nunca á poseer el elemento ideal del dibujo. Por eso á través de sus acuarelas se percibe vagamente cierta lucha, cierto esfuerzo penoso, de la concepción contra la forma rebelde. En los «Caprichos» de Goya las figuras se deforman misteriosamente, pero, es que su imaginación concebía un mundo raro, de seres extraños, de cuerpos contrahechos, de brujas, de hechiceros y de trasgos. En Fierro las figuras se deforman por falta de educación artística, por la pobreza de la línea al precisar la concepción. Pancho Fierro es un artista sui-generis. Sus acuarelas ingénuas y originales tienen cierta gracia que las hace amables, y que es la expresión de su alma sencilla, la vida que comunica el artista á su obra. Esta vida nace en sus acuarelas del colorido y de la gracia. Fierro era un colorista. Aún en esas figuras que un dibujo torpe y duro empequeñece, hay tintas precisas, muchas puestas con amor. Tienen un colorido que alegra; adivinó la técnica del color. El colorido: tal fué el secreto del arte de Fierro. Tiene además sus acuarelas un carácter general que las hace simpáticas: la alegría. Sus blancos y sus zambos bailan, los negros ríen dejando ver sus blancos dientes. La Lima de Fierro baila y se divierte, vocea y aplaude en Acho, ante las habilidades de Juana Breña la popular capeadora de á caballo, goza con las jugadas de gallos, peregrina hácia Amancaes. Lima empezaba á abandonar la quietud claustral, la dulce tranquilidad de la Colonia. Todos nuestros tipos sociales desaparecidos viven en sus acuarelas, las tizaneras, las mistureras, las tapadas.... El arte popular de Fierro está animado yá por el espíritu republicano; las distinciones y los odios, legado de la Colonia, entre los aristócratas de sangre azul y la gente de medio pelo, entre el blanco y el cholo, el mulato y el negro parecen haberse olvidado. Los tipos de sus colecciones están todos animados con la alegría del colorido y de la vida.

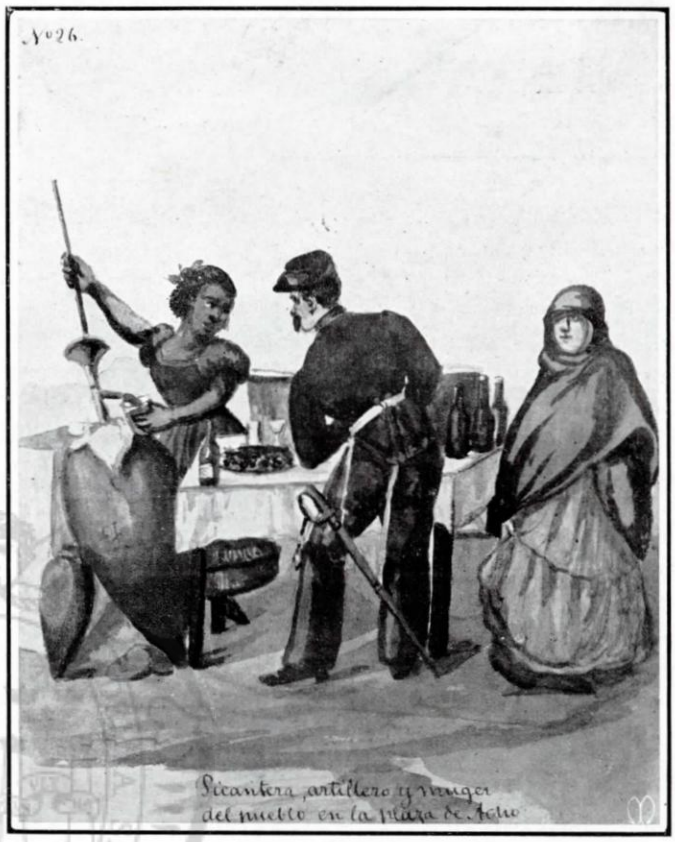
Al observar la sociedad de su época no podía menos de atraer á este artista una clase social y numerosa que que se prestaba á un estudio típico: tales eran los frailes limeños. Clase que había caracterizado la sociedad colonial y que había aumentado y enriquecido en los primeros años del Perú Independiente. El hábito tenía para él la sugestión del color. Cómico era el clérigo de misa y olla, de amplio manteo y sombrero de teja; en general, eran los verdaderos tipos que invitaban al artista burlón. Los frailes y las beatas, pequeñas, viejas y feas, embozadas ó tapadas, siempre en intrigas y chis-

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

mes de iglesia, fueron los tipos que fijó para siempre en varias de sus acuarelas. De esta serie, su fraile de San Camilo es acuarela que interesa porque revela la pobreza de su técnica. No sé si la orden de San Camilo fué orden ecuestre, lo cierto es que el fraile de Fierro está montado y Fierro, el ingénuo Fierro jamás pudo pintar un caballo, parecen siempre caricaturas, pequeños, flacos, desproporcionados y orejudos, su pincel hizo degenerar siempre al caballo en mal rocín. En cambio la figura del fraile tiene belleza, se nota facilidad en el manejo del pincel, hay expresión en la fisonomía, una cara apacible que tiene cierta candidez beatífica.

«Para el Santo Monumento», así como la acuarela en que figura un seminarista, alegre y enamorado, y varias tapadas, son verdaderas manchas de color; en ellas se puede sorprender toda la técnica del contraste. Hay libreas verdes y moradas ribeteadas de oro, parasoles rojos portados por negros de piel de ebano; los colores de la saya y manto son siempre el azul y rojo por los que tuvo especial predilección. En sus «Acompañantes del Santísimo Sacramente», campean el negro y el rojo. Las acuarelas de Fierro, particularmente las de costumbres son de una rica policromía, llegando á veces á un colorido abigarrado; preciso es hojear uno de sus álbums para sentir esa exhuberancia de color.

Los tipos de Fierro todos son populares, son tipos callejeros; comprendió el Lima de los portales. La calle tiene su poesía y sus atractivos. Cada barrio tiene sus vendedores ambulantes, su pregón conocido. Nos ha conservado los tipos de esos vendedores ambulantes del Lima de otros tiempos en que el indio heladero imperaba en la calle, ajeno á toda competencia, en que del Velero dependía la luz del Lima que se alumbraba con velas de sebo; del Mantequero, del Aguador, la Tizanera, tipos que pasan y desaparecen con la evolución social, pero que son la vida, el movimiento, y la alegría de la calle. Resuena en estas acuarelas el eco del pregón de los vendedores, percíbese en sus bailes el sonido vago de la caja, la tonada alegre de una marinera;



es un sonido lejano, parece ser la canción popular que entona el Lima viejo, es el eco del Lima de 1850.

El arte de Pancho Fierro, dentro de su ingenuidad y su incipiencia, experimenta una perceptible evolución, basta para ello comparar su fraile de Santo Domingo con la «Champucera, delicado cuadro de costumbres; la primera simple y pobre de color, es una caricatura de fraile, tan ingénua que nos hace sonreir, diríase la pintura de un niño; en la segunda su arte ha evolucionado yá hácia ese colorido rico que le caracteriza, con figuras y situaciones complicadas, parece que, yá más artista, empezara á triunfar de la ejecución. Entre una y otra de estas acuarelas podría colocarse «El seminarista y las tapadas» y tendríamos así tres figuras que fijan tres momentos de su proceso artístico. Proceso en que el dibujo de duro, difícil é incorrecto, hácese más fácil y variado, en que el color uniforme y opaco en un principio, se enriquece en tonos llegando á esas acuarelas de un colorido alegre y brillante verdaderas manchas de color.

Poseía un espíritu satírico con algo del ingenio fácil y juguetón del criollo y algo de la malicia y la travesura limeña. Expresión de esta tendencia son sus acuarelas «El Arquitecto Garibaldino» (1870), «El Jorobado Lumbreras» (1870), «John Thomas, Esquire», «Un sacerdote de Themis», «Ño Bofetadas», «Basilio Yeguas», y otras muchas; son figuras grotescas, caricaturas en color de los conocidos de la época. En otro de los al-

Saya y manto

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

bums de Fierro esta tendencia á la caricatura se acentúa, hay más intención, el propósito de descargar el ridículo es más visible; su caricatura se hace más personal. Digánlo sinó las figuras del Doctor Colmenares, artística é ingeniosa, la del Procurador Castro en que campea el ridículo, «Leche Crema» y sobre todo en «Un sacerdote de Themis». caricatura del Doctor Cosío, llena de gracia y de expresión. Fierro no sabía dibujar, por eso no fué, ni pudo ser caricaturista. En la caricatura triunfa el manejo fácil de la pluma, la libertad de la línea, la mueca del perfil. Tal es la caricatura de los Xaudaró, Cilla, Sancha, Fradera. Fierro deformó los cuerpos y los hizo grotescos, desfiguró las fisonomías, pero, no son pocas, á las que se puede llamar, con propiedad, caricaturas. Tuvo una cualidad del caricaturista: fué observador. Sentía también, el ridículo de los tipos que pasó al papel, pero, no es el suyo, un ridículo maligno, no; Fierro era un mulato burlón é ingenioso, un hombre de buen humor.

Es en sus tipos populares donde hay que sorprender el temperamento del artista criollo, temperamento en que vibraba el alma popular y que sus acuarelas nos hacen sentir en toda su vida, en toda su intensidad. De entre estos tipos hay uno por el que tuvo especial cariño y que representó en la más poética de estas acuarelas; el Dr. Román, un médico del Coloniaje, llamado el Doctor de las negritas. La cómica figura del Doctor Román ha llegado hasta nosotros popularizada por la tradición, idealizada por el cariño popular; era un negro caballero, casi noble, galante. Como detalles: vestía ridículamente y se impregnaba de olores, cabalgaba en una pequeña mula y protegía su tez con un amplio quitasol. Llamábase Francisco Román y el se agregaba de Abulestia Cabeza de Vaca, pretendiendo ser pariente de los marqueses de Monte Alegre; era en extremo fino y galante con las negras y mulatas, de dónde le venía el sobrenombre de Doctor de las Negritas. Todo esto revela la acuarela de Fierro; el encanto del pasado, el amor popular, la verdad del tipo, el color y una fisonomía risueña y atrayente, sentimos en ella esa sugestión qne debió ejercer sobre el alma de las negras y mulatas que tanto le quisieron.

Pocas veces habrá mayor similitud en el proceso artístico de dos pintores que entre las acuarelas y dibujos de Torres Méndez, el autor de «Costumbres Granadinas», (1850—1860) y los tipos limeños de Pancho Fierro. Ambos artistas vivieron y pintaron la misma época y sociedades semejantes por su raza y cultura. Las costumbres neo-granadinas de Torres Méndez pudieran, con las acuarelas de que hablamos, ser la expresión de la vida popular de un mismo pueblo. Su jinete en la plaza de toros de Bogotá, es el viejo Papito y la escena de Acho; sus habitantes de Choachí y sus damas de Bogotá en el paseo de Agua Nueva, recuerdan de cerca por su traje y colorido el paseo de Amancaes del 50. Encuentro en Fierro más fuerza, más calor, mayor brillo en el colorido. Torres Méndez es un magnífico dibujante, tal vez demasiado analítico y prolijo. Sus obras son más acabadas. Estuvo más cerca que Fierro de ser un verdadero pintor de costumbres.

Sin educación artística, sin conocimiento del dibujo pobre con toda la pobreza de los artistas, Pancho Fierro ha dejado una rica colección de tipos, de acuarelas de costumbres que nos hacen sentir el alma de una época que fué y que tuvo sus encantos. Epoca en que desapareció la saya y manto, llevándose consigo, como dice Palma, la sal epigramática, la espiritual travesura limeña. Es un placer al que se une cierta melancolía, el considerar que las reliquias artísticas que aún se conservan y que podemos estudiar hoy, no lo serán mañana, que desaparecerán con el tiempo, con la transformación de las cosas; que el arte religioso de la Colonia se olvidará con la modernización de los templos, que los claustros se derruirán ó serán transformados. Y esto que sucede con las cosas pasa con los hombres y las costumbres. Fierro copió piadosamente los tipos, las últimas costumbres de la Colonia que se extinguía y que sin él se perderían en el olvido. Vivió en un Lima muy distinto del de hoy; asistió á una transformación social, por lo menos á una época de transición. Tienen sus acuarelas un alto valor histórico-artístico. Su Lima vive; hace desfilar á nuestra vista todas las clases sociales; los frailes, numerosos y ricos; la saya y manto con su poesía, sus aventuras y sus intrigas, los vendedores callejeros, los tipos populares, sus diversiones: los gallos y los toros; sus bailes: los cachaspares y las marineras; las procesiones con sus gigantes y papa-huevos, sus zahumadoras y monaguillos. Su pincel evoca el rodar pesado de los calecines y de las calesas que conducían á las limeñas á Amancaes en la popular fiesta de la flor amarilla, en que los amancaes decoran los ojales, se entretegen en coronas, adornan los enchapados arneses y en que la cohorte de calesas y caballos se desenvolvía y desfilaba por la clásica alameda.

Con educación artística, Fierro hubiera sido el necesario ilustrador de las obras de aquellos que sintieron la poesía de la edad colonial, la vida del Lima viejo, de las inmitables «Tradiciones» de Palma, de las «Chocheces» del Licenciado Perpétuo Antañón. Tal como fué es sólo su complemento. Hay que leer á los tradicionistas, dejarse penetrar de la época y entónces no se podrá menos de amar al mulato artista, al olvidado Pancho Fierro

JUAN B. DE LAVALLE.

1907.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Lima al vuelo

APURADOS nos encontramos casi todos los cultivadores de la inocente y poco productiva mania de *dejar correr negro sobre blanco*, como dijo el otro, al aproximarse esas fechas mortales en que aparecen ante los ojos del público blancas y satinadas revistas que él ni siquiera sospecha como se han confeccionado. Para todo el mundo, ricos acomodados, empleados de gobierno ó simples operarios, el *sábado* es una fecha gloriosa. ¡El sábado! Sustantivo esdrújulo que suena como el oro.

El *quince*, el *primero* son también otros tantos sustantivos prestigiosos para todo el mundo, menos para esta falanje de jóvenes atareados y porque no decirlo? tristes que los demás llaman *intelectuales*, *literatos*, *periodistas* ó más comunmente *vates* aunque rimen poco ó no rimen nada. Ya no se trata como le ocurrió á Larra de preguntar: ¿Quien es el público y donde se le encuentra? Ahora es muy otro el tema: ¿Que se le cuenta á ese público á quien se encuentra por doquiera que él no sabrá mejor que uno? Porque la verdad es que el último ganapán conoce á fondo, y discute con calor las ocurrencias de la semana ó de la quincena.

Duelos, recepciones de personajes importantes, fallecimientos, enlaces de buen tono, *kermesses*, *pic nics steeple chasses*, *five o clock teas*, etc., de todo esta enterado y cuando no ha sido elegante actor ó espectador de tan importantes actos lo ha sido por lo menos agazapado en las puertas del palacio de la Exposición ó de las iglesias ó en los interesantes potreros que rodean el hipódromo.

Coje uno los diarios en busca de *asuntos* y encuéntralo todo tan poco interesante que deja caer los brazos desalentado y queriendo inventar cosas nuevas que interesen al público deveras, cae, cuando nó en la extravagancia, en ese personalismo que tanto motejaron Flaubert el maestro y Maupassant el discípulo. El público puede decir—y ya lo dice—que me importan á mi las agitaciones, las melancolías ó los *estados de alma* de este señor? bien podría ceñirse á relatar con *sencillez* y *sobriedad* como dice Eca de Queiroz lo que acontece. Y es por esto que el cronista titubea y después de mil vacilaciones y probanzas endilga una serie de consideraciones eclecticas, enigmáticas y que en el fondo no dicen nada pudiendo decirlo todo.

Todo lo dicho, redicho, comentado, subrayado, discutido, sabido hasta la saciedad tiene que decirlo otra vez el cronista cuando ya ni en el público, ni en él hay fuerzas para soportarlo ni decirlo, ni comentarlo ¡pobres cronistas!

El público es el amo y no siendo posible agradar á unos cuantos, hay que agradar á la colectividad y ya se ha dicho que el mejor modo de no agradar á nadie e querer agradar á todos.

☆

Así pues os hablaré hoy, no ya del famoso lance de honor que tanto hiciera gemir las prensas, sino de otros asuntillos que aunque no dan tanto que hacer á los cajistas no por eso dejan de resonar un poco. A éste pues pertenece, por ejemplo, la exposición de productos peruanos en Milán del que los diarios se han muy someramente ocupado.

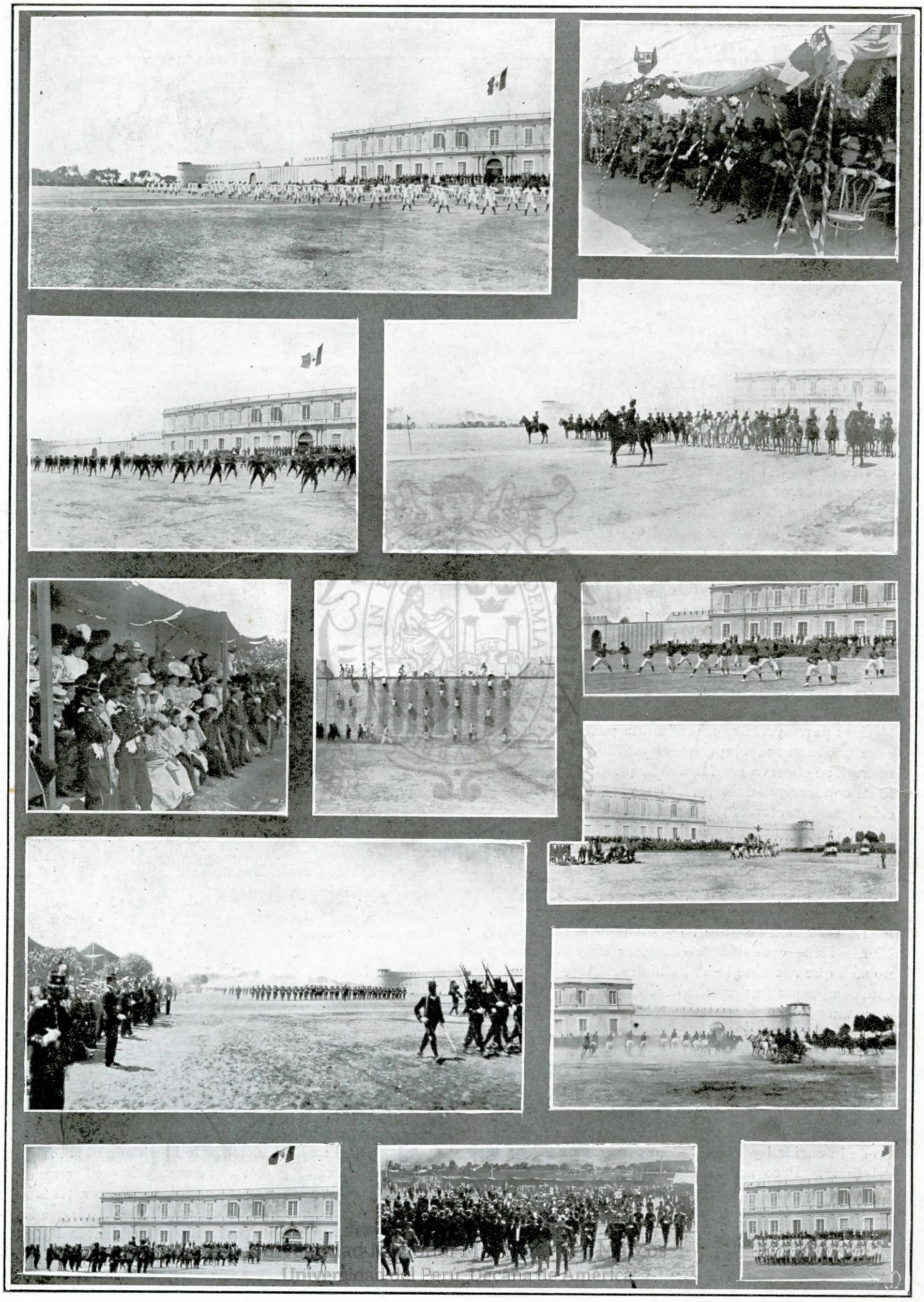
Tiene esto una gran importancia, ¡no hay que olvidarlo! ahora que el país, entra en ese *período* que tauto mencionan los representantes á Congreso que no son elocuentes. Porque allá en esa ciudad poseedora de un *Duomo* inconcluso y de la que apenas conocemos un esquisito pan de pasas, la célebre *mosca*, y una manera suculenta de confeccionar el arroz, se apilan en un pabellón patrocinado por nuestra bandera, vinos de Ica, *huacos*, caña de azúcar del Valle de Chicama y productos mil que nuestra flora y fauna pródigas, otorgaran á este Perú muy semejante á esos amantes descarriados que vuelven por sus pasos.

Poco orgulloso que me sentiría yo,—y cualquiera—paseándome en ese *hall* exornado con columnas, donde se eleva una vitrina coronada por una deidad que debe de ser la diosa Cibeles ó Pomona, ó cualquiera de esas uberrimas divinidades que recorrian los campos griegos en carros tirados por leones, coronadas de hiedra las cabezas, elevando en las manos dispensadoras de dones, ya la espiga de Ceres, ya la afilada falce de Pluto. Más importante que un lance personal tiene que ser que Europa conozca de lo que es capaz nuestro territorio, ya que ecos indiscretos aunque ciertos por desgracia, nos han dado por allá esta fama de revolucionarios y dispendiadores del rico legado que nos concediera la naturaleza. Que beban nuestros licores, que endulzen sus labios con nuestros frutos, que sueñen ante esos vasos peruanos, con una civilización que les hará recordar quiza esa borrosa Etruria cuya literatura se ha perdido en el negror de los siglos.

Y quien sabe si algún día esa savia que deba fortificar nuestra raza venga de ese país que recorrieran las legiones de Cesar, los pies puntiagudos del Dante, y los terribles bigotes de Víctor Manuel!

MASCARILLA.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América



La revista de aplicación en la Escuela Militar de Chorrillos. Enero 12 de 1907. Fotos. Lund

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

NOTAS D ARTES Y LETRAS

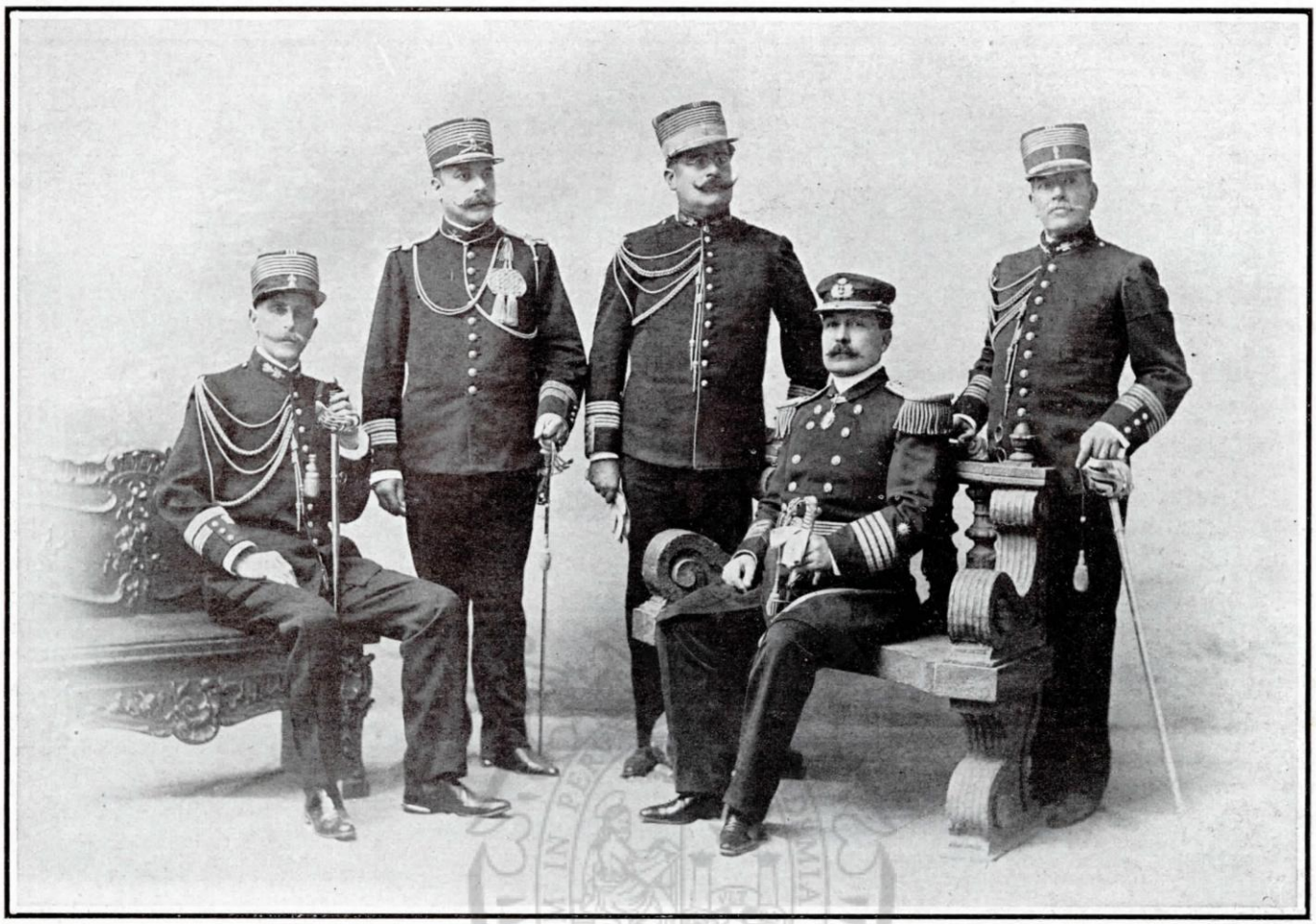
ARIEL 1926

PARECE que los liberales en el Uruguay no se andan en chiquitas en su campaña contra los católicos, y que en cuanto á intolerancia le dan punto y raya á los más rabiosos fanáticos, desacreditando así los principios del bien entendido y generoso liberalismo, de aquel que transije y perdona porque estudia y comprende y como dice Guyan, comprender es perdonar; de aquel que inspirado en un amplio espíritu de solidaridad humana y de respeto cariñoso á las creencias de todos no condena ni anatematiza airado los errores de los hombres, ni proclama verdades absolutas, por que el error y la verdad no existen para el hombre, sino con el relativismo impuesto por sus facultades representativas, lógicas y morales. Ese liberalismo que, desde el punto de vista moral, es doctrina de generosidad, de simpatía y condescendencia, tiene por fundador á Jesús mismo, es el que los Jacobinos, los fanáticos de la razón contra el sentimiento, los estrechos y especiosos discutidores bizantinos del anticatolicismo, del sectarismo liberal, del snobismo radical, desmienten en la práctica con sus intolerancias y fanatismos científicos. En el Uruguay, donde hay partidos religiosos y donde la lucha de doctrinas despliega todos sus entusiasmos dialécticos para probar que cada una posee la verdad, que cada una encarna el progreso moral y la superioridad mental, se observa esa falta de espíritu amplio y benevolo de condescendencia excéptica y de compasiva discreción, que caracterizan al liberalismo sereno y superior y al catolicismo firme y profundo de las almas tranquilas en la posesión de una fé segura de si misma. De allí que en la lucha de los partidos religiosos se vayan á extremos de fanatismo asqueroso y servil por un lado y de jacobinismo intolerante, injusto y agresivo por otro.

La Comisión de Caridad y Beneficencia Pública, de Montevideo—comisión que debe ser muy poderosa y que no sé á que rama de la Administración pertenece allá—está compuesta de personas decididamente anti-católicas, cosa muy loable desde luego, por que en cierto modo los deberes de cuidar á los ciudadanos indigentes y enfermos, quedan completamente separados de los prejuicios religiosos, garantizando en los que reciben los servicios la libertad de conciencia. Esta comisión poco á poco fué retirando de los hospitales los rezos, los altares y las imágenes. Solo una había sido respetada: la Cruz, signo de la caridad y símbolo del fundador de la religión cristiana. Pero un día la Comisión reflexionó que debía ser lógica en sus conclusiones anti-católicas y en su propósito de desvincular los fines de caridad absolutamente laica, creyó que aun la cruz estaba demás y ordenó la expulsión de los crucifijos. Consultada la opinión de José Enrique Rodó, uno de los más profundos pensadores y de los más cultos literatos de la América latina, sobre si este paso era un progreso en orden á las ideas liberales, contestó que ese rasgo de intolerancia, de injusto despojo en el signo de su significación, que la tradición, el sentimiento universal de los pueblos civilizados, la historia y la moral han sancionado y legitimado, era, no un avance, no un progreso de las ideas liberales, sino un retroceso á las intolerancias del fanatismo, una torpe confusión de valores, una derivación morbosa del sectarismo librepensador. Sea ó no Jesucristo entidad divina, sea que otros filósofos anteriores hubieran presentido, en un orden puramente teórico é intelectual, la Caridad, lo cierto es que, como dice Rodó, Jesucristo es el *inventor* del sentimiento de la Caridad porque el inventor de una idea en el orden moral no es el que tiene la concepción fría y abstracta «sino el que primero la trasforma en sentimiento propio y la realiza en su conducta». La cruz es el símbolo—y como tal han debido respetarlo los liberales del Uruguay—no solo del fundador de una religión, sino de un sentimiento nobilísimo. Los artículos que ha escrito el distinguido pensador Enrique Rodó censurando ese snobismo agresivo de los librepensadores uruguayos, y replicando á las observaciones de un señor Diaz, radical furibundo, forman un folleto titulado *Liberalismo y Jacobinismo*, saturado de generoso espíritu y de doctrina hermosa. Son las páginas más profundas y más sabias que se han escrito en los últimos tiempos sobre la cuestión religiosa. Son páginas producto de un cerebro equilibrado y nutrido, de un alma serena y justa inspirada en la verdadera doctrina liberal. La falta de espacio no nos permite reproducir en el presente número alguno de los capítulos del libro de Rodó pero lo haremos en el próximo.

El P. Alvarez ha tenido á bien honrarme con su desprecio, declarado á uno de los redactores del *Bien Social*, fundándose en dos razones que indudablemente tienen peso y justifican de la manera más amplia el desdén del orador dominico para con el infeliz escribidor de estas notas. Esas razones son dos: que no tengo sentido comun y que no tengo gramática. Ambas razones han sido reforzadas por los datos malhadados que le han dado al padre Paulino de la clase de persona que soy, y le confirman en el concepto de que no soy sujeto digno de ser tenido en cuenta. La primera razón es un elogio en el que francamente creo que se ha excedido el P. Alvarez ¡Que no tengo sentido comun! Luego lo que tengo es un senti-

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América



CORONELES ASCENDIDOS A LA EFECTIVIDAD

Foto. Moral

Coronel La Combe — Coronel Abril — Coronel Pizarro — Capitán de Navío Gárezon — Coronel Zuleta

lo propio, personal; tengo originalidad de percepción y de juicio. Gracias padre! No es para tanto y sin modestia puedo asegurarle que mi sentido y mis facultades son los vulgares, los comunes á todos los que formamos, inclusive usted, la nutrida falange de las medianías, y que veo las cosas como las ven todos los que no se ciegan ni por la pasión anti-católica ni por el fanatismo religioso. En cuanto á lo de que no tengo gramática, si creo que ha dicho el P. Alvarez una verdad, mayor—¡quiá, ya lo creo! —que todas las que ha predicado en sus *Conferencias*. Pero que le hemos de hacer! Crea el padre que hago todo lo posible por tener gramática y no lo consigo. No obstante no desmayo en mi empresa y quizá si algun día lograré obtener los favores de esa esquiva señora doña Sintaxis, que tanta ojeriza parece profesar á dos personas: al P. Alvarez y á mí. Por lo demás estoy muy agradecido de que el P. Alvarez me desprecie profundamente. Es tan grande mi gratitud que ofrezco solemnemente á los lectores PRISMA, no tocar más en mis notas las *Conferencias* anti-constitucionales y anti-sociales del P. Alvarez. Si á este señor le diera el naipe por hacerme caso é irritarse contra mí, como se ha irritado contra ese pícaro de Combes, ya me tengo por sabido las cosas mías que sacaría á relucir: cierta tésis doctoral de mis pecados y ciertos cuentos y artículos no muy conformes con el Credo ortodojo. Todo esto sazonado con epítetos hirientes é injurias de todos colores. ¡Horror! Nó, Padre, prefiero el desprecio.

CLEMENTE PALMA.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

MODAS

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Vestido Princesa